



—Pero usted, siendo químico, ¿cómo no busca una fórmula para hacer crecer el pelo?
—Ya la he buscado, señorita.
—¿Y qué?
—Que buscándola se me ha caído el pelo que me quedaba.

Dib. AREUGER



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



**PAPEL
DE
FUMAR**

BAMBÚ



**LOS TAMOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^a**

SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

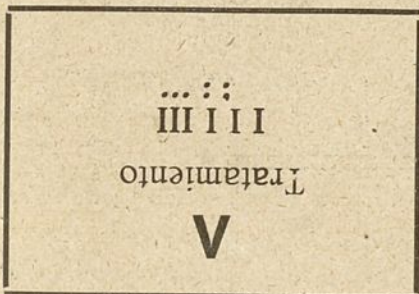
Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

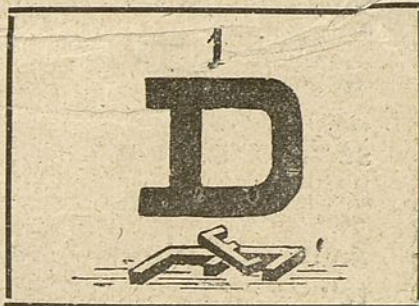
21.—Un envío.



22.—Justamente.



23 —Qué hacen los periódicos en días de lotería.



**SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6'**

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero

Concurso de pasatiempos de Novbre.

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos *piertetiempistas*, resultaron agraciados los señores siguientes:

1.º Un centro de mesa, cristal azul, con aplicaciones de metal a doña Carmen Gamoneda, de Madrid.

2.º Servicio de copas para licor, de cristal fino, con montura de metal a don Rafael García, de Puy.

3.º Elegante caja para galletas, de metal esmaltado a Angeles Vázquez, de Madrid.

Los objetos para los premios han sido adquiridos en la acheditada casa SANZ, Espoz y Mina, 40.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Concurso de pasatiempos de Dicbre.

Soluciones.

1. Un superheterodino.—2. Filosofía.—3. Mecánico.—4. Servicio a domicilio.—5. Al lado de la familia.—6. Reconocimiento.—7. Efemérides.—8. Enciclopedia.—9. Veleidosas.—10. Medias de seda.—11. Cementerio.—12. Teodmíro.—13. Eneas.—14. Secreto.—15. Soñar en voz alta.—16. Elevación a potencias.

ADVERTENCIA.—El pasatiempo número 15, inserto en el número almanaque, no está expuesto con "meridiana" claridad a causa de que en la imprenta quedó "encogida" la palabra "¡¡EH!!", que debió aparecer con una respetable longitud. Queda, pues, por tal causa, eliminado del concurso dicho pasatiempo.

De las 9.669 soluciones recibidas han resultado exactas las remitidas por los *piertetiempistas* siguientes:

1. Los oficiales de la cuarta batería del Regimiento mixto de Artillería de Melilla.—2. Claudio Fernández, de Melilla.—3. Miguel Ibáñez, de Tetuán.—4. Manuel Castro, de Ceuta.—5. Abel Valdés, de Oviedo.—6. Javier Esteban, de Irún.—7. José Serrat, de Silla.—8. Enrique Pineda, de Segovia.—9. Alfredo Morán, de Tarazona de Aragón.—10. Julián Arana, de Villafranca.—11. Miguel Martínez, de Valdepeñas de Jaén.—12. José P. Ropero, de Soria.—13. María Teresa Medina, de Portugaleta.—14. J. R. Iraga, de Sevilla.—15. Srta. Viñuela, Hinojosa del Duero.—16. Enrique Olarán.—17. Adelita Peyrona.—18. Mercedes Peyrona.—19. Marichu Peyrona.—20. Isabelita Lafarga, y 21. M. Yrureta, de San Sebastián.—22. Luis de Brigante.—23. Antonio García, y 24. Daniel Zuloaga, de Valladolid.—25. Ramón García Pelayo.—26. Simón López, y

27. María Teresa de Ruiloba, de Jerez.—28. Fernando Pérez, y 29. Manuel Navarro, de Granada.—30. José Aguilera.—31. María Rubio Valdés.—32. José Requena.—33. José Rodríguez, y 34. José María Córdoba, de Cartagena.—35. Luis Orgado, y 36. Dolores Serrano, de Albacete.—37. José Dionis.—38. María Isabel Urzola, y 39. Roberto Dionis, de Valencia.—40. Bernabé Ruvira.—41. Agustín Ramos, y 42. José Fenol, de Barcelona.—43, 44 y 45. Pilar, Consuelo y Fernando Salvo, y 46. Jesús Suárez, de La Coruña.—47. Mercedes de Castro.—48. Manuel Fernández.—49. María Luisa Besses.—50. Paquita García.—51. José María de Soroa.—52. Angeles Vázquez.—53. José M. Delgado.—54. María de las Mercedes Arias.—55. Bernardo Sanz.—56. Román Martín.—57. Pablo Comendador.—58. Antonio Peláez.—59. Carlos de Aguilera.—60. Salvador Soler.—61. Carmen Lamonedá.—62. Rafael Gómez.—63. Antonio de la Vega.—64. Manuel García Reyes.—65. Lamberto de los Santos.—66. Román Martínez.—67. Ramón Maraver, y 68. Emilio Sierra, de Madrid.—69. Pedro Garria, de Burgos.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 3 de febrero próximo.

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera» Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor selecta» Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte» La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 pesetas, según cabida.



Depilatorio Belleza El único que ha obtenido GRAN PREMIO. Han certificado eminencias médicas e higienistas, que el Depilatorio Belleza es un preparado racional, científico, práctico, inofensivo e higiénico. Tiene fama mundial para quitar de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, cogote, etc., sin perjudicar el cutis. Resultados rápidos y sin molestia ninguna.

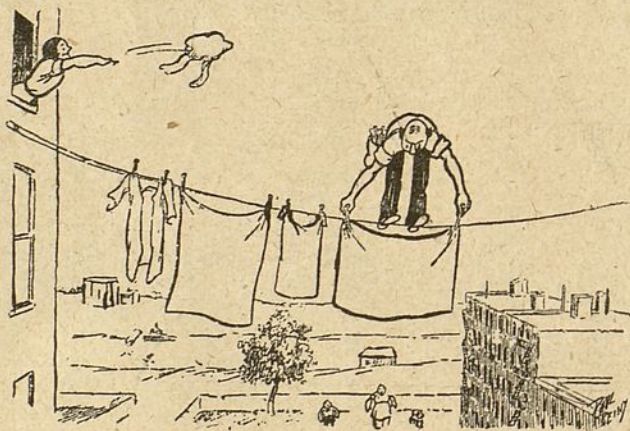
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, ensucia ni engrasa.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

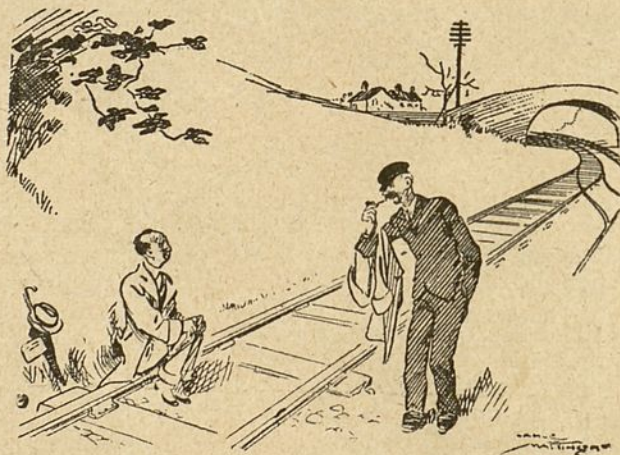
Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS para el cutis

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.
Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



El rey del alambre ayudando a su mujer.

De London Opinion.

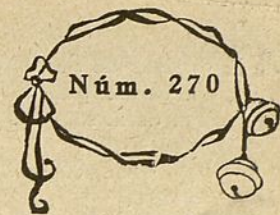
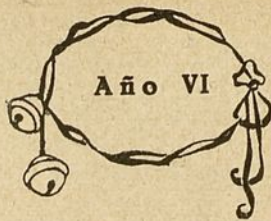


El maquinista (al suicida).—Siento decirle que tendrá usted que esperar unos días, porque estamos en huelga.

De The Humorist.—Londres.

BUEN HUMOR

lo vende en Tampico (México) don
Justo Elorduy.—Apartado n.º 840.



Las dulzuras de Escajolia

Momeciclo en tres partes

PRÓLOGO O ACLARACIÓN

Por primera vez, ya que las lectoras y lectores de BUEN HUMOR son tan gentiles, voy a presentar en estas páginas un momeciclo, género literario de mi invención y que está tan cerca del cuento y de la novela corta como de la idiotez con gotas de desequilibrio.

El momeciclo en cuestión se titula "Las dulzuras de Escajolia", y en él, además de su interés narrativo, el lector hallará muchas palabras no usadas hasta ahora en castellano.

Supongo que el público comprenderá y premiará mi esfuerzo.

El autor

PRIMERA PARTE

La corte de Escajolia.

En medio de la selva de Cumbro, bañada en maillot por el río Ragusso, se alza imponente y teréfica la gran corte de Escajolia.

Mil palacios de garraceno esplendor forman la capital del reino, y en ellos, como brifio en cósmas, resaltan los mármoles y pórfidos en que fueron construídos. Verlos desnute; contemplarlos, cachea.

Muchas veces, los campesinos que en sus tartanas esgocachedas van a la ciudad, se quedan extasiados frente a esos palacios; y entonces... entonces es cuando realmente puede decirse que la admiración es parfulada.

Pues bien; en una de esas mansiones de la corte de Escajolia, en la que es propie-

dad del conde Cumbro Tartasio de Berlonga, va a desarrollarse el presente momeciclo.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE

El conde, su hija, su nieta y el caballero sin nombre.

El conde Cumbro Tartasio de Berlonga habitaba su castillo desde que acabó la primera guerra puchana. Había sido siempre un guerrero de lo más garrafoludo y de él se contaban

cosas tan atroces, heroísmos tan sublimes y burradas tan capribortas que puede decirse que era el más cochetesido del contorno. ¡Genialidades de los Vosgos!

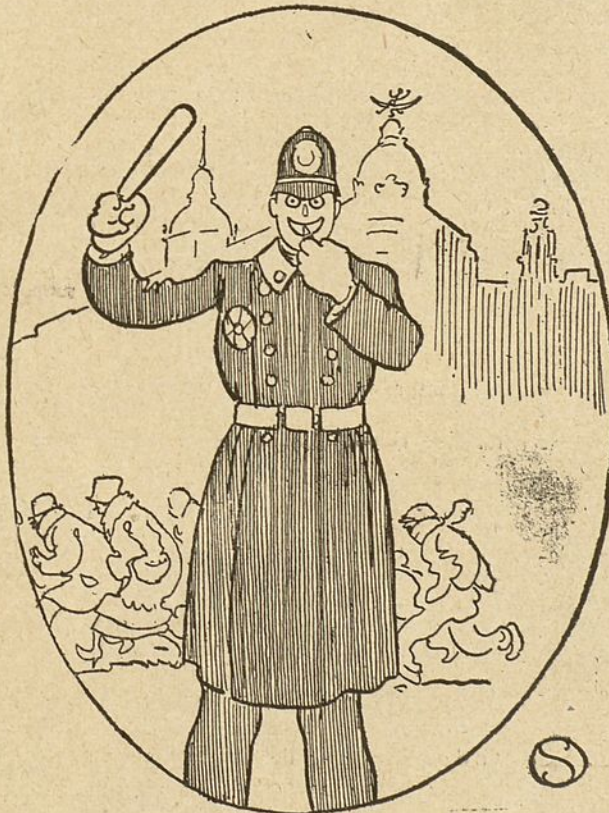
El conde, que no se quitaba el smoking ni para jugar al marro, hallándose un año en el casino de Montecarlo hizo saltar la banca y, no contento con esto, hizo saltar también a los *croupiers*, pero por encima de las mesas y amenazándoles con una pistola.

Cuento estas cosas para que se vea que era un hombre original y en la época en que se desarrolla esta historia el conde no había perdido sus facultades, a pesar de que ya estaba viejo, decrepito y escatroso.

Su hija Roxina, que tenía seis años más que él, no salía de casa más que para ir a misa, y uno y otra no abrigaban más ilusiones que Pervinta, hermosa y zunda muchacha de veinte junios, hija de Roxina y nieta por tanto del conde.

Se comprende... No sé el qué, pero se comprende.

En estas circunstancias alguien se enamoró de Pervinta. Este alguien era un caballero que carecía de nombre. Sus padres no le habían bautizado para ahorrarse molestias, y desde pequeñito, cuando alguien tenía que llamarlo para decirle algo, le silbaban. Estaba tan habituado a que le silbasen, que se había dedicado al teatro, y a la sazón gozaba de las dulzuras de la corte de Escajolia al frente de una compañía de actores esturnidios que, no sabiendo qué representar, representaban menos edad



Dib. SILENO. — Madrid.

de la que tenían. Sicabaruengas de la vida, que es una pura filfa.

Fin de la segunda parte.

TERCERA PARTE

La entrevista.

El caballero sin nombre fué a ver al conde Cumbro.

Un gafoso le condujo al saloncito de las terzodias. El conde no tardó en aparecer. Sonreía con cambidifosidad atrayente.

—¿Quién sois?—dijo.

—Machuca—repuso el caballero sin nombre.

—¿Espardifais?

—Siempre.

—¿En parfuletes?—insistió el conde.

—De dos filas, señor—repuso el visitante.

El conde se quedó pensativo.

—No es posible—exclamó como si hablase consigo mismo—que prefiráis un ramo.

—Y, sin embargo—susurró el caballero—, lo preferí desde niño.

—¡Ah! ¡Cambises, Cambises!—dijo el conde enternecido.

—Es verdad—repuso el otro con profunda convicción.

Aun prosiguió el diálogo, esta vez figrúneo:

—¡Estombes?

—¡Oh, conde! Sin cajigal ninguno. ¡Eso faltaba!

Después el conde y el caballero lloraron mucho tiempo estrechamente abrazados.

Luego el caballero abandonó a saltos el saloncito de las terzodias.

Puede que en otros sitios haya dulzuras muy grandes, pero como las dulzuras de la corte de Escajolia, como esas no existen. Estoy seguro.

Por eso firmo, sin añadir ya una sola frase.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LOS AÑOS

Poseo un amigo muy viejo, muy viejo. Cada vez que voy a visitarle, mi amigo, desde su sillón frailerero, entradas las piernas en una manta de colores, me dice con un orgullo de millonario:

—Ya tengo noventa y tres años!... ¡Noventa y tres! Pronto serán noventa y cuatro!

Y se frota las manos muy contento. Yo le desoriento en seguida cuando le contesto:

—Bien, D. Damián. Usted dice tener noventa y tres años, pronto noventa y cuatro. Usted lo asegura, usted lo jura si es preciso. Bien; ¿pero dónde los tiene usted? ¿Dónde los guarda usted?

Me mira asombrado y ríe estúpidamente. Luego repite:

—Noventa y tres años, amigo... Pronto noventa y cuatro.

—¿Y eso para qué sirve?—le contesté—. Usted dice tener noventa y tres años, como si pudiese usted abrir un baúl o una caja de caudales, e ir sacándolos, uno a uno, desempolvándolos con un plumero y enseñármelos. Los contaríamos juntos. Veríamos si faltaba alguno. Los recontaríamos, los clasificaríamos. Eso sí sería tener noventa y tres años, poseer noventa y tres años. Pero por ahora, usted no tiene esos años más que en su barba blanca, en su reuma, en su manta que le aprisiona y en ese vaso de leche...

Don Damián se toca la barba, se acuerda de su reuma, pasa una mano por la manta, mira el vaso blanco...

—Créame usted—sigo—. Es una idiotez eso de coleccionar años. Yo los tiro después de usados.

—Pero tú, ¿cuántos tienes?—me dice.

—¿Yo? No sé... no sé. Sé únicamente que tengo algunos. He hecho ya la primera comunión, voy de pantalón largo, me afeito de vez en cuando, fumo sin que me regañe mamá... Esto es: ya hace algún tiempo que yo estoy en el mundo. ¿Cuántos años? ¿Cuatro?, ¿Ochenta?, ¿Dieciseis?, ¿Veintitrés? No sé... Ni los conté, ni los guardé a medida que fueron pasando.

D. Damián sonríe bobaliconamente.

—No se ría, D. Damián, que esto es muy serio. Me indignan, me apenan los coleccionistas de años, esas gentes que no piensan más que en acrecentar su caudal de tiempo ya muerto... Esperan ansiosamente a que termine el año, su año, para cogerlo amorosamente, envolverlo en papel de seda y guardarlo con naftalina en el fondo del baúl de que antes le hablé, diciendo: uno más. No les importa que el año haya sido bueno o malo, sano o podrido; ellos los guardan todos. Y de vez en cuando van a su baúl, a la caja, los recuentan como un tesoro... Hay que ser como yo. Use usted su año y tírelo después. A nadie, por ejemplo, se le ocurre guardar todos los pares de zapatos que va usando. Sin embargo, la misma razón hay para que los guardemos. Y así diríamos: tengo 37 pares del número 40. Ya sabe usted que esto no sucede, que

nadie lo hace. Yo hago lo mismo con los años. ¿Se acaba uno? Encargo otro y el viejo, el usado, el que ya no es susceptible de medias suelas, lo meto debajo de un armario, lo dejo encima del piano, lo traspapelo... La doncella, el criado, se encargarán de tirarlo al quitar el polvo de los muebles. Yo no los quiero más. Y así los años, en vez de ir tapándose poco a poco, me sirven de pedestal.

Usted, desgraciado D. Damián, ignora, como todos los coleccionistas de años, el peligro serio a que se exponen. el riesgo cierto que corren. Escuche usted: Los coleccionistas de años viven todos como usted, en su casita tranquilamente, cuando han llegado a reunir cierta cantidad considerable de tiempo. Ustedes, ingenuamente, y con alguna vanidad, dicen a todo el mundo: tengo setenta y ocho años, tengo noventa y siete... ¡Ah, pero un día terrible ustedes dicen con gesto triunfador: ¡Tengo cien años! ¡Horrible grito de alegría, D. Damián!

A los dos días, sin saber cómo, se halla constituido el Comité de homenaje a la vejez. El presidente de la Diputación vendrá a visitarle a usted, le abrazará y todos los periódicos gráficos reproducirán este momento enterneedor. Le dirán que el pueblo, que la ciudad, siente un amor encarnizado hacia sus viejos, y tiene debilidad especial por los centenarios. Us-

ONYX LA CREMA
MEJOR PARA EL CUTIS

FRICOT POLVOS NENS. Evita las escoriaciones. Excelentes para la piel. Venta en perfumerías, farmacias y droguerías.
F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

téd se encuentra en este caso. Usted tendrá su homenaje.

Hacia su veinticinco años que usted no salía de casa, ni tomaba más que leche y sol... Hacia veinticinco años que usted apenas oía gritos, ni ruidos, ni se ponía un traje de calle, ni un sombrero. Pues bien, el día del homenaje a usted le pondrán una camisita limpia, le vestirán de negro, le pondrán unos zapatos con gran escándalo de sus pantuflas le harán coger un bastón, un sombrero. A hora mañanera, la Banda de música le despertará a usted con escogidas piezas—"La Montería", "La Canción del Olvido", el "Charleston"—; esto le mareará un poco, claro; pero es el homenaje. Un poco más tarde le llevarán a misa, una misa sólo para usted, D. Damián, como si ya se hubiese usted muerto. Esto le asustará un poco, claro; pero es el homenaje. Después se celebrará un gran banquete, presidido por las autoridades. Sentado entre el obispo y la gobernadora, usted con su vaso de leche delante —¡nada de imprudencias!— contemplará cómo todos aquellos elegantes señores, señoras y señoritas, devoran como si el banquete fuese para ellos. Este espectáculo, disuelto en su leche, le indignará un poco, claro; pero es el homenaje. Hacia el final del banquete, alguien —el travieso de turno— le ofrecerá con un discurso, una copa de coñac. Usted se traga el discurso y vacila ante la copa. Pero le aplauden, le vitorean y usted se la bebe. Esto le producirá mareos, ardor de estómago, claro; pero es el homenaje. Y, como después, al rato, siente usted bríos juveniles, pide usted galletas y se atraca de ellas mientras cuenta cómo mataron a Prim...

A la media tarde los niños de las escuelas municipales le ofrecerán a usted flores, bailes, canciones alusivas y movimientos de gimnasia sueca, en la Plaza de la Constitución. Luego le besarán a usted niños y niñas. Le estrujarán un poquito, ¿eh? Y además usted tendrá que comer unas rosquillas que, con movimiento torpe, le ofrecerá el más pequeño, diciendo muy azorado que las ha comprado con sus ahorros.

A las siete de la tarde —otros días a esta hora está usted en la cama D. Damián...— le imponen una medalla que usted no sabe ni cómo se llama. Luego vienen unos fuegos artificiales y un refresco. "Tome usted también, D. Damián, que los de zar-

zaparrilla no hacen daño." Después, a casita, acompañado de todo el pueblo, toda la ciudad, con la Banda de música, las escuelas, etc., etc.... Como va tanta gente se tarda en llegar y usted se cansa, claro; pero es el homenaje. Al fin, a las diez de la noche está usted en su cama. Se duerme un poco deslumbrado, como dormiría un chico en un bazar. A las once se despierta usted un poco agitado; a las doce tiene usted cuarenta grados de fiebre. Se asustan sus familiares, viene el médico. Y entonces empieza para usted una dulce pesadilla... Cohetes, músicas, rosquillas, niños, coñac, incienso, obispo, gobernadora, galletas, bailes, canciones, medallas... Todo eso baila, se mueve ante sus ojos; en su cabeza v. lo que es peor, parte de ello, en su

estómago. El médico clama al cielo: "imprudencia, ¡ese Comité!..." A las tres de la mañana usted se muere. Esto le fastidia a usted un poco, porque ya no podrá juntar más años, claro. Pero tenga usted en cuenta, D. Damián, que es el homenaje.

Así acaban todos los coleccionistas de años que tienen la paciencia de reunir hasta cien... No escapa nadie. Los Comités de homenaje a la vejez son implacables. No perdonan.

Créame usted, D. Damián. Coja usted todos sus años, los noventa y tres. Haga un paquete con ellos. Y un buen día, salga a las afueras de la ciudad, trepe a un montículo, y délos suelta, para que vuelen, como un racimo de globos de colores...

GABRIEL GREINER



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

—Me estoy acordando del bueno de Pérez, que se tiró en este pozo. Era un hombre que gozaba de la vida.
—¡Caray! Entonces, todo su gozo en un pozo.

"BUEN HUMOR" EN PARIS

CRONICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

CXII

Muchísimas veces he pensado que los cronistas de París estamos perdiendo el tiempo lastimosament..

Me explicaré... Hay, para estas crónicas, dos clases de lectores: los que han estado en París y los que están pensando en estar algún día. Los primeros saben tanto como los cronistas y a la quinta línea del artículo están más aburridos que un fakir indostánico, y los segundos saben desde luego menos que los cronistas pero da la casualidad de que también se aburren, si no a la quinta línea, a la mitad de la sexta.

¿En qué consiste este tedio?

Yo he creído averiguarlo, después de dos o tres años de intensas y brutales meditaciones: ¡ningún cronista ha acertado a describir París, nadie ha sabido dar al público una idea de lo que es París, no ha habido todavía un alma caritativa que tenga la bondad de pintar a sus lectores el panorama de París; y, claro, la crónica resulta una especie de comedia,

a la que le falta la decoración, los que la leen se despistan y el que la escribe hace el primo de una manera ignominiosa!...

Urge, por tanto, remediar esto...

Y yo, que soy el primero que ha caído en ello, y que por poco me desnucó de lo deprisa que caí, voy a poner el remedio que exige la cosa. Yo voy a acometer la tarea impropia y heroica de describir París, de pintarles a ustedes a París; pero, vamos, que como si le estuvieran ustedes viendo. Y ya verán ustedes cómo, después de mi acabada descripción, las crónicas mías y las ajenas adquieren la vida, el color, el interés, la gracia y el estrépito de que antes carecían. De hoy en adelante, cuando hablemos de la Opera les parecerá a ustedes que la tienen delante de las narices; cuando nombremos a Poincaré sabrán ustedes en qué calle vive, y cuando saquemos a colación al bulevar de los Italianos, estarán ustedes plenamente percatados del lugar en que se encuentra, que por cierto es el mismo que antes de la guerra, lo cual desmiente la teoría

tan extendida de que la guerra lo ha cambiado todo.

De manera, ilustres y benéficos lectores, que voy a comenzar mi descripción, si ustedes no disponen otra cosa que nos convenga más a ustedes y a mí. Voy a suponer que acabo de llegar de Madrid, y que me encuentro en una de las puertas de la estación del "quai d'Orsay", discutiendo con un chófer que se empeña en llevarme en su auto sin darse cuenta de que a mí se me ha metido en la cabeza andar con los pies... París, inmenso y republicano, se ofrece a mis ojos atónitos y miopes en su aterradora totalidad. En efecto, es bastante grande; pero como yo no tengo nada que hacer voy a recorrerle de punta a punta, de arriba a abajo, de la ceca a la meca, de Herodes a Pilatos y del coro al caño.

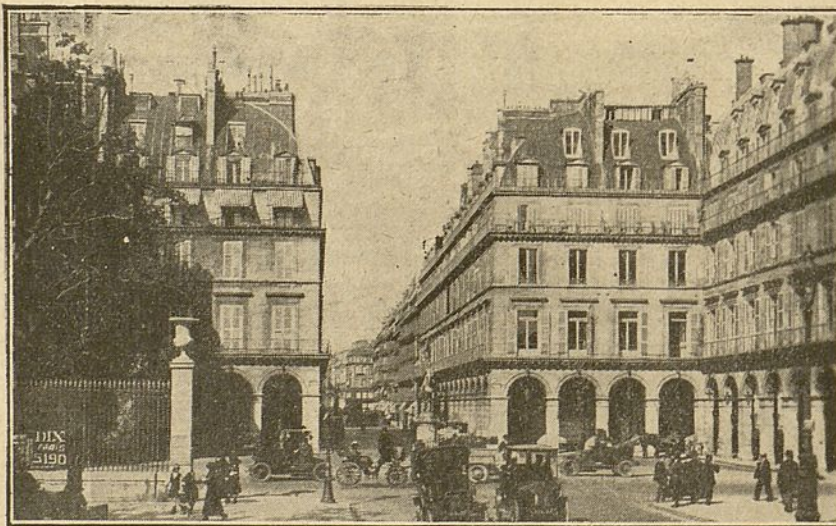
Y, ¡por fin!, van ustedes a saber lo que es París.

La alegría que me da de que algún día mis lectores propalen entre sus amistades que yo he sido el Cristóbal Colón de la capital de Francia, hace que en este momento decida revolcarme sobre las alfombras del hotel con un regocijo de café adolescente.

Y, una vez llevada a cabo esa bestialidad, continúo.

CXIII

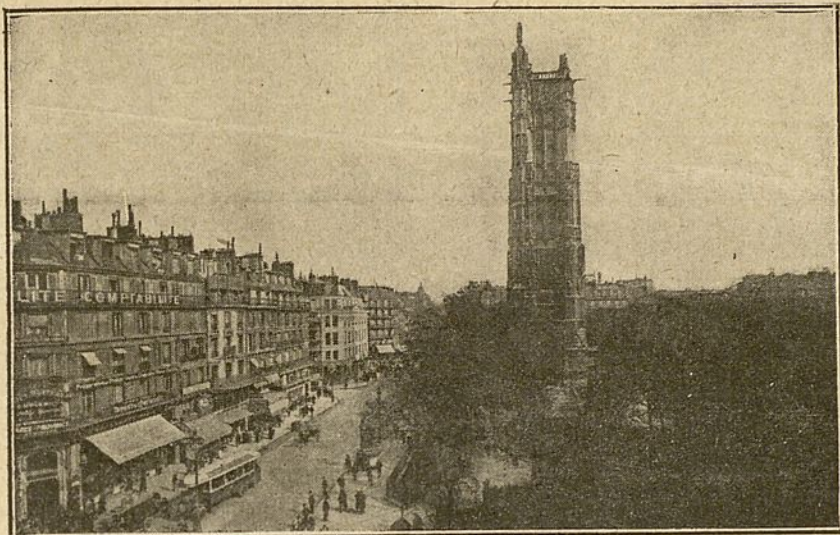
Al salir de la estación del "quai d'Orsay", pueden ocurrir dos cosas: que tiremos hacia la derecha o que tiremos hacia la izquierda. Iremos por la izquierda, que es lo que hacemos en Madrid para llevar la contraria al que ha dispuesto lo contrario. Lo primero que nos encontramos es el palacio de la Legión de Honor, en el cual y a pesar del honor que tenemos (y del honor que hemos tenido en encontrárnosle), no tenemos nada que hacer. Lo segundo que vemos es el edificio de la Embajada de Alemania, donde tenemos que hacer menos, y lo tercero con que nos topamos es la esquina del bulevar "Saint-Germain"; pero en lugar de doblarla, cosa para la que no tenemos fuerzas, seguimos adelante y nos sale al paso la Cámara de



"LA PLACE DE RIVOLI"

Plaza presuntuosa y fatua
que sirve de leve marco
a la minúscula estatua
de Doña Juana de Arco.

Que es esa que ven ustedes (es decir, que se van ustedes a ver negros para verla)
en el centro de la fotografía.



LA TORRE "SAINT-JACQUES"

*De la iglesia de Saint-Jacques
sólo queda ya esta torre
que hoy tiene tantos achacques
que ni el Señor la socorre.*

Y se está cayendo a chorros, y el mejor día va a pillar debajo un callo de un inglés irascible y Saint-Jacques va a tener que oír cosas poco gratas.

los Diputados. La admiramos en silencio para dar ejemplo a los gachós que se exceden diciendo tonterías en el interior y continuamos avanzando. A los dos pasos surge ante nuestra vista el Ministerio de Negocios Extranjeros y como nos parece demasiada política para tan poco espacio, echamos a correr en busca de lugares más respirables.

Afortunadamente tenemos delante al río: el acreditado Sena, que desde hace dos mil años sigue el mismo curso, lo cual nos hace suponer que es el río más torpe y más desaplicado del mundo. Lo cruzamos por el llamado puente de la Concordia y vamos a parar a la plaza de la ídem. Nos detenemos a encender un cigarro y el viento no nos deja. Miramos a la derecha por si hay algún portal y sólo vemos el jardín de las Tullerías y el museo del Louvre. Miramos a la izquierda y nos encontramos con la avenida de los Campos Elíseos, en la que hay bastantes árboles, pero por desgracia para París exactamente iguales que los que pueden verse por menos dinero en la carretera de Getafe. Y, finalmente, miramos hacia adelante y vemos la "rue Royale" y al fondo la Magdalena. Hacemos una visita a la susodicha Magdalena, sin emplear más cumplidos que los que emplearíamos

visitando a la Robustiana, y seguimos andando.

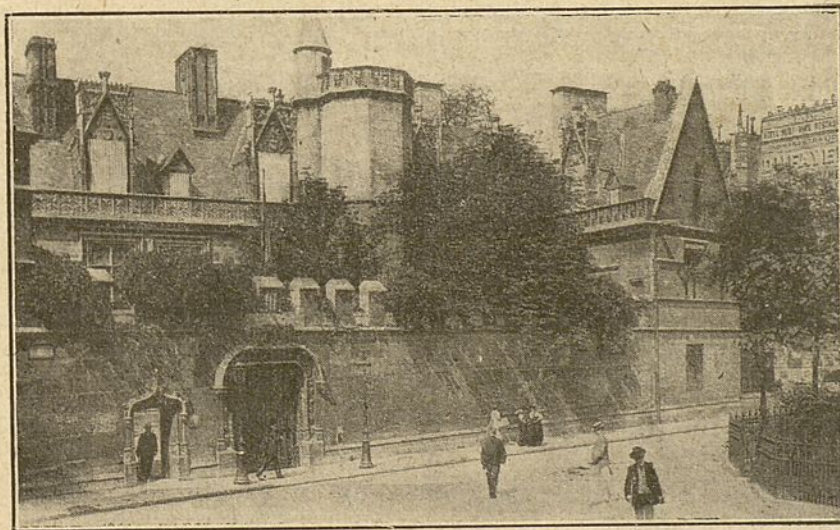
Bulevar de la Magdalena... Doce cafés... Tres peluquerías... Un bazar de ropas hechas... Asfalto... Seis

guardias de la porra... Un "restaurant" que huele a gasolina... Varios taxis que huelen a patatas fritas...

Bulevar de los Capuchinos, que es la misma calle que cambia de nombre... Tres zapaterías... Un cine... Una casa de cambio... Una relojería... El teatro Olympia, que es el Romea de París, y el "Grand-Hotel", que es la Posada del Peine, un poco más cara, un poco más grande y un poco más cosmopolita, pero tan del Peine (sin peine) como la nuestra...

Plaza de la Opera... Avenida de la misma, según se va hacia abajo... Bulevar de los Italianos, que sigue siendo el mismo de los Capuchinos y de la Magdalena, con el nombre cambiado por tercera vez... Y "rue de la Paix", según se tira a mano derecha... Advirtamos que la "rue de la Paix" es la calle de París donde no es posible comprar nada sin pedir antes los últimos sacramentos, por si la diña uno del susto; y hagamos también constar que varios comerciantes de la "rue de la Paix" estarían mejor que en la "rue de la Paix" en la reja de la cárcel, pero por el lado de dentro.

Empinémonos ahora un poco sobre las puntas de los pies y veremos, al final de la "rue de la Paix", la



EL MUSEO DE "CLUNY"

*Esto que ustedes aquí
están viendo y que yo veo,
es nada más que un museo:
el museo de Cluny.*

Les advierto a ustedes que por dentro tiene mucha más vista, aunque por fuera les parezca a ustedes un chalet ligeramente helvético y se dispongan a despreciarle. Otro día hablaremos de ésto, si les parece.

columna "Vendome"; al final de la avenida de la Opera el teatro Francés; a la izquierda del teatro Francés, el "Palais Royal"; y a la izquierda del "Palais Royal", el Banco de Francia. Dentro del "Palais Royal" hay un jardín precioso. Dentro del Banco de Francia no hay ni una perra gorda.

Y dentro de veinte años me parece que va a seguir sucediendo lo mismo.

Y ahora, si les parece a ustedes, descansaremos unos instantes, porque es que nos hemos atizado cuatro kilómetros y yo ya no puedo más.

Y ustedes, que se han tragado lengua y media de prosa vil, me da el corazón que pueden menos todavía.

CXIV

Si se nos ocurre seguir por el bulevar de los Italianos continuaremos encontrándonos bulevares hasta que nos caigamos de rabadilla en el duro pavimento; bulevar Montmartre, bulevar Poissonnière, bulevar Bonne Nouvelle, bulevar Saint-Denis, bulevar Saint-Martin, y no sigo porque me vuelvo a causer.

Pero si se empeñan ustedes en que siga llegaré a la plaza de la República y ¡eso sí!, allí me siento en un banco, pase lo que pase.

Desde la plaza de la República, y tomando con calma la avenida del mismo apellido se llega hasta el ce-

menterio del Père Lachaise. Se llega medio muerto pero se llega; y todavía le cabe a uno la satisfacción de no llegar muerto del todo como otros infelices que, contra su voluntad, les hacen seguir el mismo camino.

Desde la plaza de la República puede el que no quiera ir al cementerio, lanzarse a galope tendido por la calle de Turbigo; y, cuando ya tenga las suelas rotas, se encontrará en el bulevar de Sebastopol, donde hay cuarenta almacenes de calzado en los cuales puede comprarse otras. A la derecha del bulevar Sebastopol, según se baja al río, están los mercados centrales, donde no venden suela pero expenden unos filetes que le andan cerquísima. A la vera de los mercados centrales está la iglesia de San Eustaquio (muy señor y mártir mío); muy cerca de San Eustaquio la Casa de Correos; y por allí también, y atravesando unas crantas calles que huelen bastante mal, se llega al edificio de la Bolsa, en el que, si bien no se nota mal olor se suelen hacer a veces algunas porquerías, por cuya razón los bolsistas que las hacen tienen que oír cosas en francés soez de los bolsistas que no las han hecho porque no se les han ocurrido.

Desde la Bolsa pueden ustedes ir al teatro "Folies-Bergère" (claro que si les da la gana, que yo no les obligo), solamente recorriendo la calle Vi-

vienné, el faubourg Montmartre y la calle Richer. Y si en el "Folies-Bergère" no hay billetes pueden ustedes ir al teatro del Chatelet que es mucho más barato, volviendo al bulevar de Sebastopol y marchando todo seguido hasta la plaza que hay en la orilla derecha del Sena, en cuya plaza, además de ese teatro, está el teatro Sarah Bernhardt, que no les recomiendo porque siempre está cerrado; y desde que murió Sarah más cerrado todavía, lo cual me hace pensar si estará cerrado por defunción.

El bosque de Boulogne, la torre Eiffel, el arco de la Estrella y la plaza Pigalle es lo único de París que nos quedaba por citar entre las cosas de algún mérito. Añadan ustedes a esto unos cuantos miles de casas más o menos honradas, unos cientos de tranvías, unas docenas de autobuses y algunas chicas guapas que no entienden el español pero que se ríen mucho al oírle hablar, y tendrán ustedes la idea completa de lo que es París.

Y el que diga que es otra cosa, miente.

Claro que ya sabía yo que esta descripción les tenía que defraudar a ustedes. Es exacta, pero da pena.

Lo reconozco como a un hijo desgraciado y subrepticio.

ERNESTO POLO

París.—Café Imart.—Enero.

LA GRAMÁTICA Y EL AMOR

"Hilario del alma mía:
aprovecho los instantes
en que mamá se entretiene
aciendo cabello de ángel,
Mi mamá sigue emperrada
en la misma historia de antes.
Acia el claustro van sus gustos
y acia el claustro a de llevarme.
más antes de vestir ábito
el álito a de faltarme.
Yo soy una buena ija,
muy umilde con su madre;
pero no veo la ora
en que tú rompas mi cárcel.
¡A, mi amor! ¡A, mi alegría!
¡A, mi ilusión! ¡A, no tardes!..."

.....

"Isidora de mi alma:
recibí tu carta amante,
que me ha causado alegría
y pena y risa y coraje;

porque si el fondo es hermoso
la forma es una catástrofe.
Tu amor me llena de orgullo,
me llena de ira tu madre,
más si es verdad que me quieres,
todas las mañanas abre
la gramática y estudia
y no escribas disparates.
En tu carta hay mucho amor,
pero ¡no hay ninguna hache!..."

.....

"Hilario del halma mía:
he recibido hayer tarde
tu hepístola dura y háspera
que ha colmado mis hafanes.
Tienes razón: soy hindigna
de ti, soy una hignorante;
pero tu hamor es mi horgullo
y hante ti juro henmendarme.
¡Te hace una hache desgraciado?
¡Pues no suspires por haches!

Yo hestudiaré hanalogía
y hortografía y shintaxis,
y hasta haritmética y hálgebra,
y hasta el halemán y el hárabe.
¡Ha, mi hamor! ¡Ha, mi halegría!
¡Há, mi hilusión! ¡Ha mi hángel!
No dudes de tu Hisidora
que te hamará hasta que hacabe,
porque hoy con hache te hadora
como hayer te hamó sin hache..."

.....

"Isidora: he sido injusto.
Mi humilde excusa recibe.
Cuando me escribas, escribe
con las letras de tu gusto.
Tienes razón, vida mía.
Perdona mi mal humor.
En habiendo mucho amor,
¡al cuerno la ontografía!..."

EL INTERESADO

¡QUE BAJEN, POR DIOS!

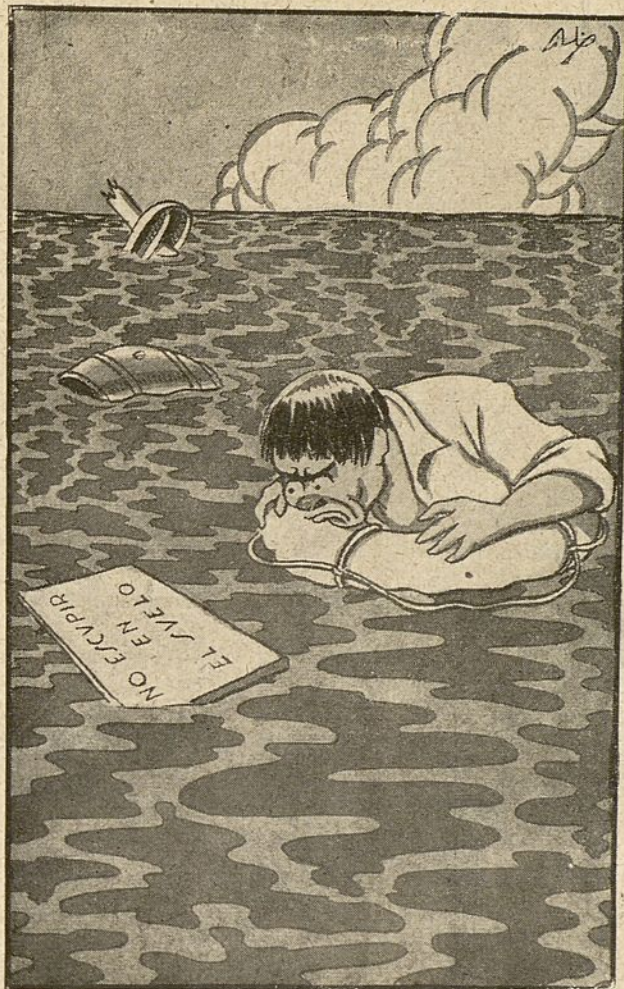
Yo, que no soy (ni en guasa)
lo que suelen llamar "ama de casa",
me tengo que enterar, aunque no quiera
de que mi cocinera,
para comprar hoy huevos, necesita,
no ya mi paga entera,
que aunque no la desprecio,
está un poco mermada la maldita,
sino en ellos gastarme una fortuna,
pues tan alto es su precio
que se engancha en los cuernos de la luna.

¿Y a qué será debido
el que suban así? ¿No hay gran surtido?
¡Rediez! ¿Se deberá la carestía
de los huevos hoy día
a que hay miedo al rigor de la censura
y no hacen las gallinas su *postura*?
¡Basta ya! Que el Gobierno, o el alcalde,
o quien quiera que sea,
no diré que nos dé huevos de balde,
mas sí que el modo de ayudarnos vea.
Menos mal si, además de bien pagados,
no resultan los huevos atrasados,
sino que son recientes,
como dijo a mi fámula Inocentes,
un tendero de la calle de Tudescos:

—Si te los doy calientes,
¿cómo puedes dudar de que son frescos?—
En resumen: yo ruego a Dios bendito
que o nos suba los sueldos el Estado,
o nos bajen el género un poquito
los que llevan sus huevos al mercado,
pues (la cosa es bastante peregrina):
mientras tanto le sale a la gallina
cada huevo que pone (yema y clara)
por el sitio que saben mis lectores,
a los consumidores
nos sale por un ojo de la cara.

Baste saber, señores,
que antes Paz Barrionuevo
en la Caja postal al mes ponía
un duro para su hija Rosalía,
y hoy ¿sabéis qué hace Paz? ¡Poner un huevo!
¡Cualquiera lo diría!...

JUAN PEREZ ZUNIGA



Dib. URDA.—Barcelona.

(El náufrago, leyendo el letrero).—¡Qué más quisiera yo!



Dib Quique.—Zaragoza.

—Para mí no hay manjar como los ibys fritos.
—Pues a mí, en cambio, me encantan las judías.

LA PROPAGANDA

Cuando Mr. James Harrison me oyó decir, en la sala del círculo donde nos encontrábamos, que no pensaba gastarme un solo céntimo en hacer propaganda de los magníficos impermeables con capucha-secretaire, de que soy inventor, puso el grito en el cielo y se dispuso a rebatirme:

—Voy a contarle a usted—me dijo—dos casos que demuestran hasta qué punto el reclamo es indispensable en la vida moderna. Claro es que los dos han sucedido en el extranjero, ya que en España no se concibe más reclamo que el reclamo de la perdiz. ¿Usted no conoce el caso de la "Talkautt-House, S. A."?

—No, señor; no lo conozco.

—Pues bien; la "Talkautt-House, Sociedad Anónima", una de las casas más importantes que se dedican en América a imitación de toda clase de joyas, atravesaba una situación difícilísima

e iba a declararse en quiebra de un momento a otro, cuando sucedió una cosa imprevista.

La señora de Hadbidgge, una de las escasísimas parroquianas que poseían, fué asesinada por un individuo que, corto de vista sin duda alguna, confundió los pendientes que llevaba puestos, y que la "Talkautt-House, S. A." le había fabricado utilizando el cristal de un azucarero que le tocó a su director-gerente en una rifa, con unos solitarios. Al día siguiente todos los periódicos de New-York publicaron el siguiente anuncio:

"Es motivo de gran satisfacción para la "Talkautt-House, S. A." hacer saber a sus clientes que la señora asesinada anoche lo fué para robarle unos pendientes que había adquirido en nuestros almacenes por el módico precio de tres dólares, y que el asesino, a pesar de su larga e indudable experien-

cia, tomó como legítimos. Esto nos llena de orgullo y, consecuentes en nuestro criterio de favorecer siempre a nuestra clientela, anunciamos, por si el caso volviera a repetirse, que todo el que compre hasta el día último de mes en nuestra casa y sea asesinado, tendrá derecho a una corona de siemprevivas que, con mucho gusto, le costaremos."

—Excuso decirle a usted que la citada casa se ha hecho de oro y que, gracias a la miopía del asesino, ha podido salir adelante.

Hubo una pausa y siguió para acabar de convencerme:

—Hay más todavía: es un caso del que fui yo protagonista. Usted sabe que soy inventor de la pianola de cemento marca "Pekarios". Montada la fábrica, para explotarla, comencé a perder dinero de un modo horripilante; no se vendía ni una pianola y como además me gasté todo el dinero en el montaje de la fábrica, me encontré sin un solo céntimo para destinarlo a propaganda. Entonces se me ocurrió algo genial. ¿Qué dirá usted que se me ocurrió para que la prensa hablase gratuitamente de mis pianolas?

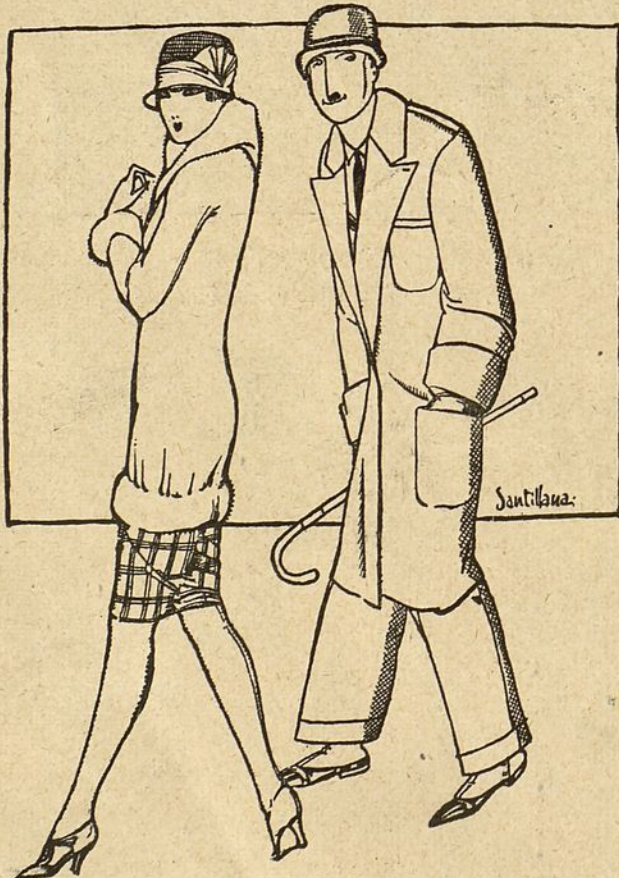
—¡Hombre; no sé!

—Rociar la fábrica con petróleo y prenderla fuego. No quedaron ni las cenizas. Al día siguiente todos los periódicos dedicaban varias columnas al formidable incendio ocurrido en la fábrica-almacén de la casa "Pekarios", en el que perecieron doce bomberos. El nombre "Pekarios" se hizo popular en seguida; aquella misma tarde recibí un buen número de pedidos. Convénzase usted, pues, de los beneficios de la propaganda. Si yo no hubiera pegado fuego a mi fábrica; si no hubieran muerto doce hombres, ¿conocería alguien la marca de mis pianos? ¿Habría recibido pedidos?...

Bajé la cabeza y, por decir algo, aventuré tímidamente:

—¿Y consiguió ganar usted mucho dinero?

—No; ni un céntimo; porque como de la fábrica y del almacén no quedaron ni los cimientos, no encontré quien me prestase para reconstruirlos y me vi imposibilitado de servir los pedidos...



—¡No sabía que Manolito se hubiese hecho aviador!

—No te extrañe; ya sabes que los médicos le han recomendado el clima de altura.

Dib. SANTILLANA.

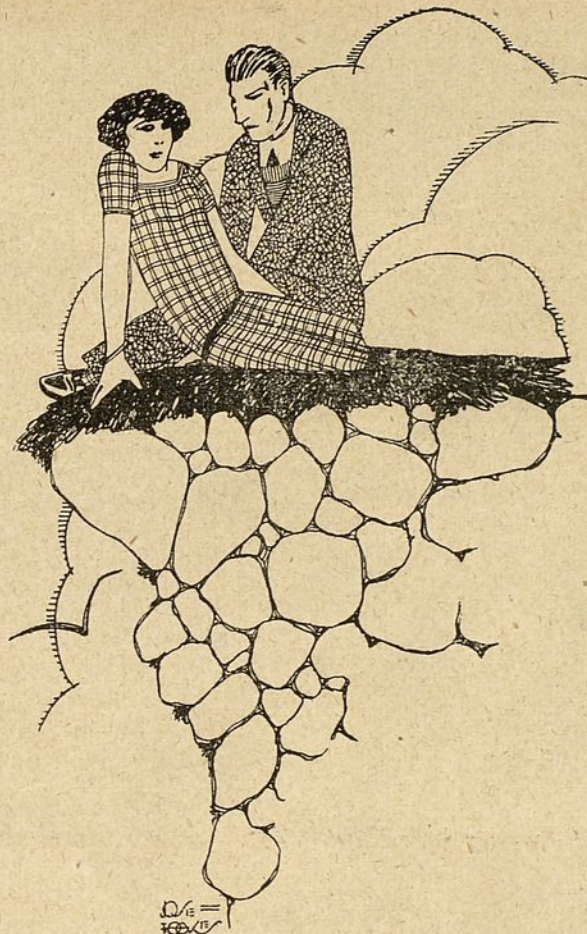
Madrid.

MANUEL LAZARO



Dib. ULICA.—Barcelona.

—¡¡Vaya una parte inferior... superior!!



—Mi hermana es muy desgraciada la pobre; ha perdido cuatro maridos...

—Pues eso no es ser desgraciada; perder cuatro maridos es ser descuidada.

Dib. FOGUES.—Madrid.

ESTANISLAO'S HOUSE

Drama de la vida conyugal. La acción se desarrolla en la edad de piedra, época primitiva.

Personajes: *Pietra*, mujer del siguiente; edad de *Pietra*, veintinueve años, según ella (podemos, pues, asegurar que tiene algunos más).

Estanislao, perfecto "barman", marido de la anterior; edad, treinta y dos años, según la cédula (también podemos asegurar que tiene más).

Cholo (*Jacobo*), pollo "pera" en embrión; se desarrollará con el drama.

Melónidas, cacique del lugar; edad tan avanzada como su abdomen.

Patatero, rey del bailongo y chulo indecente.

Todos visten con pieles, si yo no

indico otra cosa. La acción es en Madrid, a orillas del Manzanares. Cuatro chozas debidamente acondicionadas y agrupadas forman un pueblo, a cuya izquierda está el yacimiento prehistórico de San Isidro, y al fondo el otro yacimiento del mismo santo con su, ya entonces, célebre ermita.

Una de las chozas ostenta el letrero "Estanislao's House (Casa Estanislao)" y pertenece al matrimonio Estanislao-Pietra. Las otras tres chozas pertenecen cada una a Cholo, Melónidas y Patatero. Estos dos últimos acosan incesantemente a Pietra, mujer del perfecto "barman", pero no perfecta mujer del "barman".

Al levantarse el telón está Estanis-

lao dando vueltas a unas heladoras a la puerta de su casa, y Patatero, desde la suya, le espía con torvo ceño. En la puerta de la casa de Melónidas hay un letrero que reza, o más bien que musita: "No estoy porque he salido". Se oye la voz de Pietra que canta.

Al poco tiempo entra Cholo por el lateral derecha con un cubo de agua. Viste un pijama de hojas de acanto puestas de frente y unas gafas de concha. Al mismo tiempo sale de su casa Pietra con una escoba y se pone a barrer.

Pietra.—(Echando unas miradas tan ardientes a Cholo, que si el agua del cubo se dá cuenta se evapora.) ¿Con-

que de la playa, eh? ¡Vaya, vaya, vaya, vaya!...

(Cholo la mira asombrado, da un traspás y entra en su choza.)

Patatero.—(Meloso y con discreción a Pietra.) Buenos días. (Pietra no contesta.) Buenos días. (Tampoco.) (Con desenfado.) ¡¡Buenos días!!

Estanislao.—(Voluntarioso.) ¿Es a mí?

Patatero.—¡Qué va, hombre!, si es a tu mujer.

Estanislao.—(Volviendo a su tarea.) ¡Ah, ya! Porque ya me habías dado a mí los buenos días.

(**Patatero.** un poco mosca, cierra la ventana.)

(Por debajo de la choza de Cholo, sale un río de agua desde hace diez minutos, señal de que se lava. En seguida sale muy peripuesto con una piel de rincoceronte a rombos.)

Pietra.—(Para sí.) ¡Qué gentil, qué elegante!

Cholo.—(A Estanislao.) Anda, rico, arrinconas los chismes esos y vamos a cazar el elefante. ¡Verás qué bestial!

Estanislao.—¿Otra vez? Pero si ya llevamos dos meses tras el dichoso elefante y no hemos visto todavía ninguno.

Cholo.—Pues me cazas uno o te doy "pal pelo".

Estanislao.—(Guardando los chismes.) ¡Tú! No ha nacido aún el guapo.

Pietra.—Por Dios, no digas eso refiriéndote a Cholo.

Cholo.—(A Estanislao.) "¡Amos, anda!" ¡Pero venga ya! (Le da un golpe en el estómago.) ¡¡So guácanal!

Estanislao.—Bueno, vamos. (A Pietra.) ¡Cuidado!, ¿eh?

(Van al yacimiento prehistórico a proveerse de armamento. Dicho yacimiento se compone de unas perchas donde descansan las armas. Se oyen interjecciones referentes a la calidad y tamaño de los útiles ofensivos y defensivos.)

Estanislao.—Pues, ¿y esta hacha de pedernal?

Cholo.—(Asombrado.) ¡La caraba! ¡Qué cacho "herramienta"!

Estanislao.—¿Estamos ya? Pues vamos a la lucha.

Cholo.—(Señalando el cementerio.) Sí, pero antes vamos a rezar sobre las cenizas de nuestros antepasados.

Estanislao.—¡Si somos los primeros pobladores de Madrid!

Cholo.—¡Es verdad! Debo tener mal

el capisquen... (Se van por el foro.) (Sale Pietra con unos barreños y se dispone a limpiar la vajilla cuando Patatero saca de su casa una silla plegable y se sitúa frente a ella.)

Patatero.—(Dulzón.) ¡Tonta!

Pietra.—¿Qué?

Patatero.—(Más dulce.) ¡Tontita, tontita!

Pietra.—¡Mi madre! ¿Qué le pasa a este hombre? Espere usted, que le voy a traer agua del Santo.

Patatero.—(Serio.) No me traigas nada. Lo que quiero es que te fugues conmigo.

Pietra.—¡Si es usted la más mala cabeza de esta muy heroica villa! Antes que usted está Melónidas. Ya me ha hecho muchos regalos muy bonitos.

Patatero.—¿Sí?

Pietra.—Ya lo creo. Unas castañuelas, una máquina de hacer churros, una bigotera para dormir... y otras cosas por el estilo.

Patatero.—Sí, sí. Cosas tan bonitas como útiles.

Pietra.—¿Cómo! ¿Les niega usted belleza y utilidad? No podrá usted decir lo mismo dentro de un rato.

Patatero.—¿Pues?

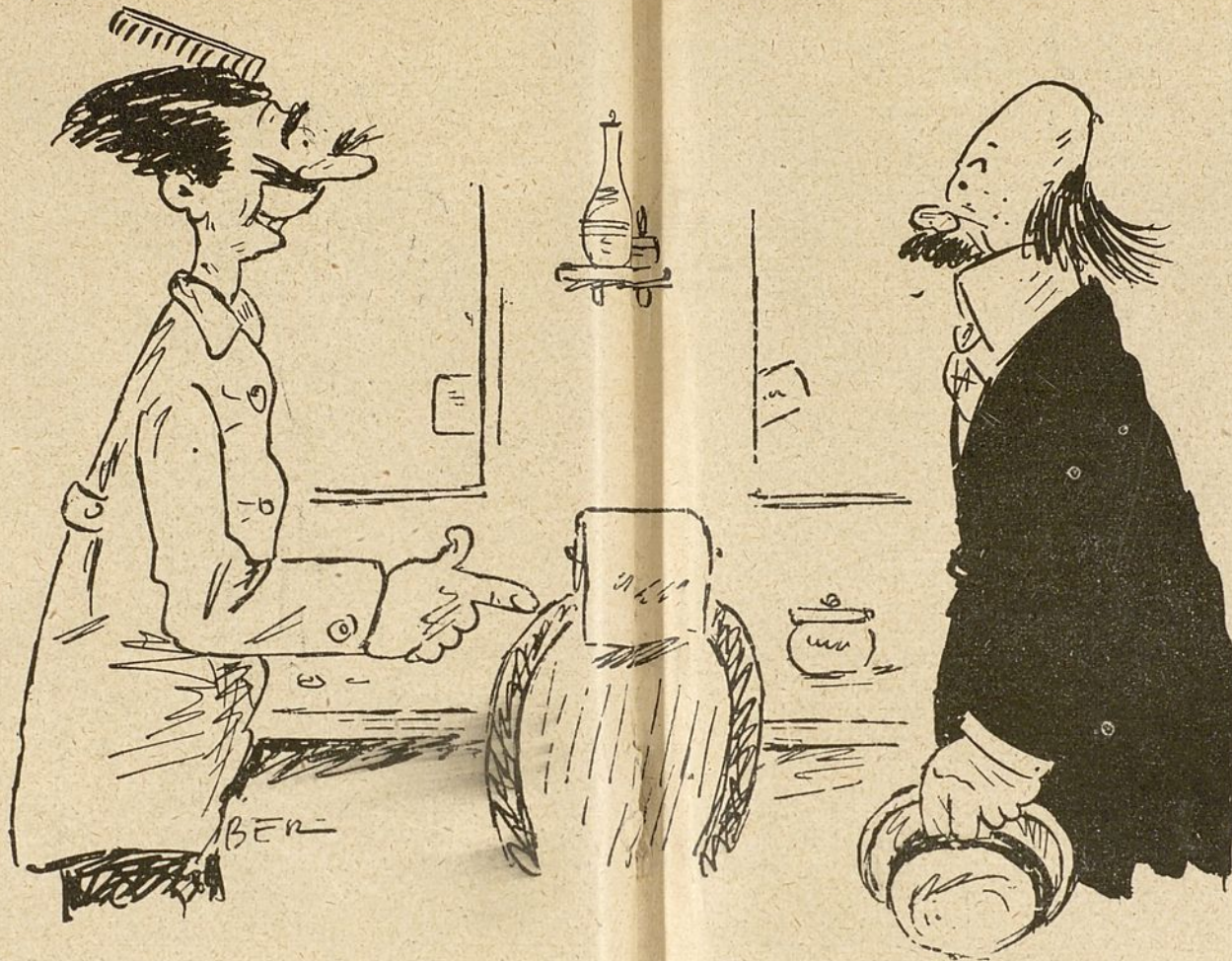
Pietra.—Porque Melónidas me ha prometido traerme luego un gramófono de bolsillo.

Patatero.—(Asombrado.) ¡Ah! Entonces retiro mis palabras. Esto es bonito y útil.

Pietra.—Pues ande, váyase usted al bazar y cuando supere a Melónidas, vuelva.

Patatero.—Pues, sí; me iré y le superaré. Pero será con esta navaja en la mano. "¡Velay!" (Saca una navaja y se va por el lateral que más le convenga.)

Pietra.—(Confidencial.) Ahora voy a pensar en voz alta, aunque dicen que es de tontos. ¡Bueno, cuidado que es amable! Este gachó me elimina a Melónidas, y luego le doy la "patá". Después le digo a Estanislao que voy por chufas para horchata y me las piro con Cholo. (Mirando por el mismo lateral que se marchó Pata-



Dib. BERGSTRÖM.—París.

—¿Cortar el pelo?

—Sí, señor.

—Perfectamente: póngase usted el sombrero y quíte el cuello...

tero.) ¡Arrea! Ya está ahí el cursilón de Melónidas. ¡Y no trae pocos paquetes!

Melónidas.—(Entrando.) ¿No hay nadie aquí? (Trae un gran paquete y una bocina de gramófono.) ¡¡Uf!! ¡Qué susto me ha dado Patatero! Le he visto pasar a lo lejos con una na-

vaja así de grande. (Hace con la nariz un gesto para denotar la magnitud (1).)

(1) Este gesto es muy usado todavía entre los filibusteros de las islas Tupinamba, principalmente por Kolo-dión (cuerno de caracol). Léase Salgari.

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en México
DON NICOLAS RUEDA
 Calle 2.^a Victoria, núm. 33, Librería

Pietra.—Bueno, ¿y qué me has traído?

Melónidas.—Un magnífico gramófono. No le había de bolsillo. (Arma el aparato.)

Pietra.—¿Y qué piezas traes?

Melónidas.—Dos piezas para sábanas de una gran liquidación verdad.

Pietra.—Me refiero a los discos.

Melónidas.—¡Ah!, aquí los traigo. Estuve iluminado al elegirlos; pero no creas que te he traído los discos luminosos, no. Te he traído "La Java", el "¡Ay, ay, ay!" y "Los Chisperos".

Pietra.—Vamos a poner "La Java", que me gusta mucho y no se me ha olvidado aún. (El gramófono empieza a hacer gárgaras.)

Melónidas.—¡Qué bonito, qué delicado, qué agradable! El gramófono:

¡Dos horas llevo aquí y he venido así por charcos y baches...!

(Pausa hasta acabar el disco.)

Pietra.—Vamos a poner ahora el "¡Ay, ay, ay!"

Melónidas.—Sí, sí. (Lo pone. El gramófono empieza a chillar desafortadamente, carraspeando en forma inusitada. En medio del barullo sólo se oye: "¡Ay, ay, ay!" Pietra y Melónidas escuchan complacidos.)

Cholo.—(Dentro.) Estanislao, ¿no oyes unos gritos?

Estanislao.—(Dentro.)

¡Oh, sí! ¡Cómo ruge la fiera! Debe estar comiéndose a Pietra.

Cholo.—(Dentro.) ¿Será el elefante que buscamos? (Estanislao y Cholo irrumpen en escena bruscamente.)

Estanislao y Cholo.—(Asombradísimo, debajo de un árbol muy frondoso, mirando al gramófono.) ¡Arrea! (Levantando la vista.) (Re...pórter! ¡¡El elefante!! (En efecto; un elefante está situado frente a ellos. Entró al mismo tiempo, atraído por el gramófono, cuyo ruido confundió con el de un compañero suyo. En seguida adivina que el dueño del gramófono es Melónidas. Se dirige a él y le da

un trompazo que le balda. Pietra huye con horror. El elefante la persigue, pero Cholo y Estanislao le matan, muy valientes, cortando orejas. Estanislao corre a socorrer a Pietra, que está desmayada.)

Cholo.—(Dirigiéndose al elefante muerto.) ¡Por los santos Inocentes y las once mil Vírgenes! ¡Esta es la mía! (En toda la circunferencia de la barriga corta al elefante la piel. Luego, sin estropearla, despelleja al elefante los cuartos traseros. Con la piel en la mano, dando saltos de gozo.) ¡Ya tengo unos "chanchullos"! ¡Ya tengo unos "chanchullos"! (Entra en su cabaña.) (Pietra vuelve en sí.)

Estanislao.—(Muy dramático.) Pietra, mujer; he aquí el castigo de los cielos, ya que no el de los celos. Melónidas ha muerto. Botero en el infierno le espera con su tridente para sumergirle en el fondo de una caldera.

Pietra.—¡Oh, qué miedo, qué miedo!

Estanislao.—A ti te esperaba el mismo castigo. Yo he sabido salvarte. ¿Sabrás ahora serme fiel?

Pietra.—¡Sí! (Se abrazan y lloran.)

(Cholo sale de la choza con sus pantalones chanchullo puestos. Lleva también un chaleco Tutankamen, hecho con piel de galgo y hojas de acanto.) (Entusiasmado y filósofo contempla a Pietra y Estanislao.)

(La escena es conmovedora. De las bambalinas se descuelgan con unos alambres unos angelotes cantando. Figura que bajan del cielo. Han de ser niños rubios con alas de gasas. Descienden también unas nubecillas de algodón en rama.)

Coro de ángeles (Cantando:)

Una mujer se comió

cuatro kilos de sardinas.

¡Ay, chíviri, chíviri, chíviri!

¡Ay, chíviri, chíviri, chón...!

Cholo.—¡Lástima de Herodes que diera un trastazo a estos "bibelotes"! (Da un salto, roge un poco de algodón de una nube, hace unas bolitas y se tapa los oídos.)

TELON

PEDRO GARCIA ORMAECHEA

TRAMPANTOJOS

LA BALLENA ALCOHOLICA

Los matuteros norteamericanos han inventado un procedimiento para introducir el alcohol en su país, que sobrepasa todo lo sabido.

Primero achican el agua que llevan dentro las ballenas y la sustituyen por más de mil litros de alcohol blanco. La ballena que recibe en sus depósitos el alcohol sólo lanza dos o tres chorros al mar, pero el resto lo guarda con el instinto conservador que la caracteriza, como caminante que lleva una bota de vino.

Como se sabe, las ballenas tienen direcciones fijas que no altera ningún viento y por eso los que han de cosechar el alcohol de las ballenas bocoyes las esperan con seguridad en los parajes señalados y allí los arponean y vacían.

Los delegados del Gobierno que defienden la ley seca han decidido dar una batida a las ballenas alcohólicas para decomisarlas el contrabando y, si pueden, ponerlas una multa que las balde.

Los marineros de las pequeñas embarcaciones que encuentran ahora ballenas saltan sobre sus islotes y prueban la fuente que emana de sus cabezas para saber si es agua salada o aguardiente lo que rezuman. Un negro borracho desapareció sobre la caparazón de un cetáceo lleno de ron, dedicándose a la embriaguez gratuita.

Desde luego es alegre saber que ese surtidor, que es como alta pluma de agua de las ballenas de las estampas de colegio, ya no es agua tonta muchas veces, sino dentro y exquisito cazalla.

EL DIABLO COPISTA

La dirección del Museo está consternada. Ha sucedido algo inaudito estos días.

Ultimamente se presentó un hombre chiquitín con cierto tipo de japonés, que pidió permiso para copiar el cuadro de las lanzas a todo su tamaño.

Habiéndosele consentido la autori-

zación, se presentó con un gran lienzo y su gran paleta un martes por la mañana, acabando el cuadro el mismo martes por la tarde, sin haberse comido ninguna lanza.

Entre los que vieron el sorprendente fenómeno inverosímil, hay la creencia que se trata del diablo, aunque algunos se niegan a creer esta versión, porque el diablo si hace un puente o una catedral en una sesión la hace en una sola noche, su hora especial de trabajo.

ENTERRAMIENTOS EN LOS CINES

La afición cinematográfica tiene tal propensión a la insaciabilidad y a la inmortalidad sin dejar de ver cine, que acaba de pedirse permiso para enterrar en los cines, pues ha habido algunos aficionados que así lo piden en sus testamentos, dejando consignada una gran cantidad para ese menester.

¿Se concederá ese permiso de enterramiento en el cine, que hará un abonado perpetuo del que goce esa preeminencia?

En ese ambiente de fantasmas no estarán mal los muertos, que conseguirán la transparentación de las películas, viviendo en plena novedad de estrenos.

EXCESIVOS CUBIERTOS

Le regalaron tantos cubiertos cuando su boda que necesitó ponerse a comer a toda marcha.

Los trinchantes relumbrosos pedían algo que trinchar, y un adminículo de oro para enarbolar la pata de carne, quería pata a todas horas.

Afortunadamente ese choque de necesidades e intereses que produjo el exceso de armería en el aparador, obligó a empeñar las grandes cucharas, el pillador de oro, el trinchante y algunas armas más que devolvieron el equilibrio al presupuesto del hogar.

EL ACERICO

Aquella muñeca rubia y grotesca hecha para ser acerico, siempre tenía

cientos y cientos de alfileres encima.

Un dolor, una idea de agudo sufrimiento había alrededor del acerico, pero nunca se había transparentado hasta aquel día en que se oyó un llanto de niño en el cuarto tocador y buscando de donde pudiera salir dieron con el acerico que lanzaba un quejido de muñeco de goma.

LA ENAMORADA DEL CORAL

Toda joya de coral, enlazada con cierta novedad, la conquistaba y hacía que la comprase.

Tenía lo menos treinta pares de pendientes en coral de distintas encarnaduras y desangraciones: coral rabioso, coral rosa, coral encías cepilladas, coral encías cloróticas, coral lóbulo de creja arrebatado, coral fresa de mar, coral labios recién pintados, etc., etc.

Sus collares no podían envolver su garganta porque era pequeña para todos y además aquella pesada cascada de sangre sobre su seno la hubiese hecho mal.

Recorría el mundo en los trasatlánticos dirigiéndose a Corfú o a Nápoles en busca de nuevos corales, hasta que en una de aquellas travesías—¡la paradoja de su gran afición!—tropezó el barco con una isla de coral y murieron todos los tripulantes, incluso ella, entre las duras ramas medio submarinas, medio flotantes del coral más rojo de los que había visto.

FINALES

Las gambas son unos objetos de celuloide que fabrica el mar.

Si sigue así ese humorista acabará en el limbo de los muñecos de trapo.

La parpadeaba el párpado superior izquierdo como a un mono.

Tanto me apretaron los periódicos, que compré un regalo sin encontrar una Antonia a quien regalárselo.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

BUEN HUMOR lo venden en la capital de Guatemala el diario de la tarde «Excelsior» y los señores La Riva Hermanos, 9.^a Avenida Sur, número 8

UN DESAFIO

El, era un señor decididamente gruoso. Llegaba al café, tomaba su ginebra compuesta —a veces dos o tres— y luego se iba. Yo acostumbraba a hacer lo mismo.

Siempre, antes de sentarse, me dirigía una larga mirada cariñosa que yo le devolvía galantemente. Luego se tumbaba sobre el rojo diván. Nuevamente volvíamos a lanzarnos las serpentinas de nuestras miradas. Momentos después nuestras bocas se inclinaban sobre las pajitas que emergían del vaso y comenzábamos a sorber, con amorosa fruición, nuestras respectivas ginebras. Así siempre. Habíamos llegado a sentir, uno por el otro, un respetuoso y silencioso cariño.

A veces mi vecino se enfrascaba en la lectura de un periódico. Yo entonces solía comenzar a contar, con gran detenimiento, los cuadrillos que decoraban las molduras del techo. Al poco rato abandonábamos estas nuestras inocentes ocupaciones y nuevamente nos lanzábamos nuestras miradas satisfechas y ligeramente optimistas, como diciéndonos:

—¡Eh! ¿Qué tal?...

—Se vive, caballero.

—Bien; me alegro. Es usted muy simpático.

—Gracias. Usted también. La ginebra, hoy, está deliciosa.

—No tendré más remedio que tomar la segunda.

—Creo lo mismo.

Una vez injurgitada la segunda ginebra, bien podía suceder que yo pidiese otra. Si esto sucedía así, mi compañero se vería obligado a hacer lo mismo. A veces sucedía a la inversa.

Como un mutuo acuerdo, sin palabras, existía entre ambos el convenio de que no podía el uno beber más que el otro. Si él tomaba tres ginebras, tres ginebras tenía que tomar yo; si yo tomaba cuatro, él, después de la tercera, pedía otra. Este convenio era cumplido por ambas partes con escrupulosa rigurosidad.

Pude observar que, a partir de la segunda ginebra, nos contemplábamos con más descaro. El procuraba envolver sus miradas en sus sonrisas, como bombones, y yo hacía lo mismo. Más a pesar de estas afectuosas relaciones nunca nos hablamos.

Todos los días a las siete de la tarde en punto, llegaba él al café. Cinco minutos antes había entrado yo. Por el largo espacio de cinco años ni un solo día faltamos... No es verdad: miento; mi vecino faltó una vez, tan sólo una vez, pero la verdad es que faltó. Fué un día gris. Llovía. Una tristeza sin motivo llenaba la ciudad. Yo, entristecido por la tarde gris y por la falta de mi compañero, veía caer

la lluvia tras de los cristales, mientras se me ocurrían largas y dolorosas frases sobre la falta de sentido de la vida. De pronto pensé, con resignada amargura, disculpándolo:

—¡Estará enfermo!

Y luego, con verdadero terror, se me ocurrió pensar:

—¡Acaso se haya muerto!

Pero mi vecino no había fallecido. Al siguiente día volví a verle sentado



Dib. PERALS.—Teruel.

—¿Estás ya vestida, nenita?

—Sí, mamá. Pero... ¿me lavo las manos o me pongo encima los guantes?

donde siempre, tomando su ginebra cotidiana.

Mas cierta vez sucedió que... Había tomado yo mi primer ginebra cuando llegó él. Venía arrebatado y malhumorado y aquel día—¡triste es consignarlo!—no me saludó. Pidió su ginebra y se la bebió de un trago. Iba yo a mediados de mi segunda ginebra cuando él pidió otra. Solamente por esto comprendí que, aquel día, por causas desconocidas, mi vecino de diván me odiaba. ¿Por qué vi en aquella su determinación de pedir su segunda ginebra, que me desafiaba?... ¿Qué otra cosa me decían sus miradas unánimes e insistentes, que se clavaban en mi rostro como si fuera un acericó?...

El duelo era inminente. A pesar de esto hice todo lo posible por evitarlo. Sorbí mi segunda ginebra despaciosamente, dando a entender con esto el espíritu pacífico que me animaba. Pero mi vecino se hallaba belicoso, francamente belicoso... ¿Qué iba yo a hacer! Acepté el reto. Y pedí la tercer ginebra. Mi vecino se puso pálido de rabia; ya no le cabía ninguna duda respecto a mis intenciones.

Yo concebía rosadas esperanzas sobre el triunfo, ya que le llevaba media ginebra de ventaja; mas pronto se dispararon éstas: mi vecino bebióse de un golpe la mitad de su segunda ginebra y pidió otra. ¡Me había alcanzado! Terminé la tercera y pedí la cuarta. Entonces él me miró fieramente. Temblé. En aquella mirada había algo de esponja monstruosa, de tonel... Efectivamente: al terminar aquélla pidió la cuarta que se la bebió de un solo trago. ¡Me había sacado media ginebra de ventaja! ¡Estaba perdido! Media ginebra en los comienzos de la cuarta es una ventaja digna de tenerse en cuenta. Esto podría traer funestísimas consecuencias para mi triunfo. Y, efectivamente, volví a cogerle tres cuartos de ventaja en la quinta.

Así, con fugaces predominios de uno u otro, llegamos a la octava ginebra.

Precisamente, al acabar ésta observé que los camareros, al andar, se inclinaban de una manera harto exagerada, a mi modo de ver, con lo que la ley de gravedad, permite. Observé asimismo que, mi vecino, ya no tomaba su ginebra frente a mí, sino que se había subido al techo con velador y todo y desde allí me sonreía amistosamente.

Me encaré con él y no pude por menos de decirle:

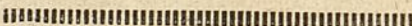
—¡Caballero; haga el favor de ba-

jarse de ahí! Lo están viendo. Le van a llamar la atención los camareros. ¿Cree usted que es de personas decentes eso de encaramarse por los techos?...

Sospecho que no me debió de oír, ya que tan sólo me dirigió una larga mirada, pero sin decidirse a abandonar tan incómoda postura. ¡Aquel hombre estaba haciendo el ridículo! Quise levantarme, pero tal vez por juzgarlo imposible desistí de ello. En este mismo instante mi vecino me dirigía la palabra desde el techo:

—¡La décima!—gritó.

En un principio no le comprendí, mas de pronto, en un fugaz instante de lucidez me hice cargo de todo: había tomado ocho. Me había derrotado. Pero la verdad es que no le guardé rencor. Pasaron cinco minutos en silencio, durante los cuales intenté poner en orden mis ideas que andaban todas por la cabeza sueltas, desbarajustadas, optimistas y chillonas. No pude conseguirlo. Entonces me volví hacia él y, haciéndole señas, le rogué amablemente que se sentara a mi lado. El me hizo el mismo delicado ofrecimiento. Volví a insistir, asegurándole, para acabar de convencerlo:



Dib. ALVAREZ.—Gijón.

—¡Ay, qué disgusto! La criada se ha tragado una cucharilla.

—Pues avisa al médico y que la mire bien porque falta una tetera también.

—Caballero: la vida es absurda... Créalo usted.

El me replicó:

—Tengo mis razones para ser grande.

—No lo dudo—dije conciliador—y si usted me lo permite le diré que los dos somos grandes.

—No; el único grande soy yo.

—En ese caso..., lo siento mucho, pero discrepa de usted.

—Yo no he querido ofenderle... Yo no ofendía a nadie...

—¡Ya lo sé!—dije, casi con lágrimas en los ojos, lleno de un tierno amor hacia mi vecino—. ¡Ya lo sé!—volví a repetir—. Usted y yo somos los únicos que quedan..., los únicos verdaderamente grandes... ¡No hay nadie, después... ¡nadie!—chillé.

Y traté de entonar una bella canción asturiana, cosa que no pude conseguir, ya que un matrimonio que estaba a mi lado me contemplaba con suma atención. Frené prudentemente.

Me volví hacia ellos y les expliqué, con amabilidad:

—La ginebra... ¿comprenden?... La juventud... evo... aaaj... sí.

—¡Oh, estos borrachos!—oí que decía ella.

Me ofendí terriblemente. Pedí explicaciones al marido...

Me encontré en la calle. De mi brazo derecho colgaba un objeto más bien largo que ancho, oscuro, sin forma definida... Después de un detenido examen que de él hice, pude comprobar que era un hombre. De vez en cuando su laringe emitía ligeros grititos. Tal vez deseara hablar.

Al cabo de media hora de andar así, sin rumbo, por las calles oscuras, el bulto alargado que a mi lado iba, balbuceó:

—Yo... soy... muy... grande.

Era mi vecino.

No recuerdo más. Amanecí en mi casa, echado en la cama. Cómo, cuándo y por quién llegué hasta allí es algo que no me expliqué jamás y que acaso nunca me explique.

Aquel día no fui al café. Ni al otro... Ni al otro.

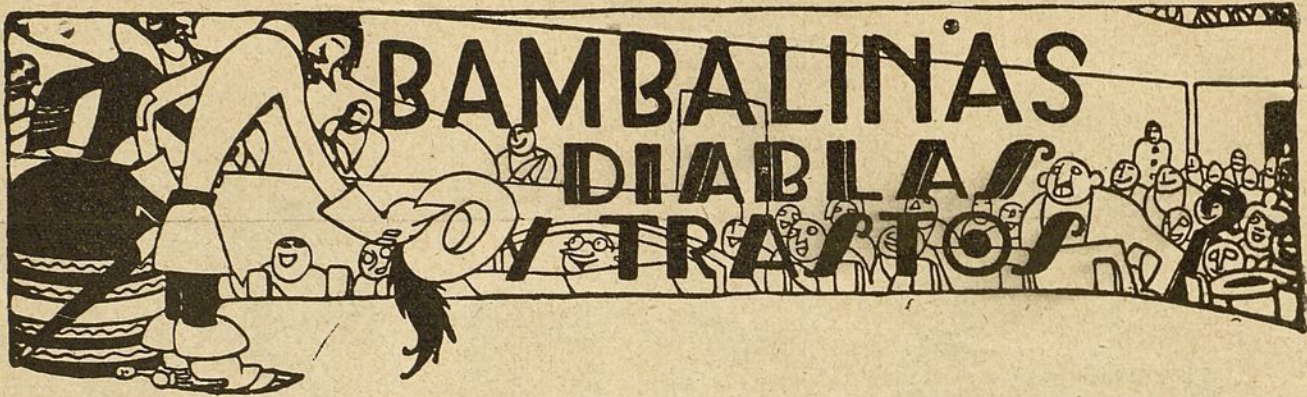
Cuando por fin me decidí a ir, pude ver a mi compañero sentado donde siempre y sorbiendo su cotidiana ginebra. Me senté. Pedí otra. Nos sonreímos.

ANTONIO ISAAC



Antropófago 1.º.—¡Qué rica! ¡Me la comía!
Antropófago 2.º.—¡¡Y yo también!!

Dib. RAMIREZ.—Madrid.



Donde se habla del estreno del Alkazar, de los chinos, de la electricidad y de los expresos de lujo

¿Por qué *Los nuevos señores*, comedia deliciosa de Croisset y Caillaudet, estrenada en el Alkazar, ha sido un éxito... que dejará el teatro vacío a las diez noches? La comedia es

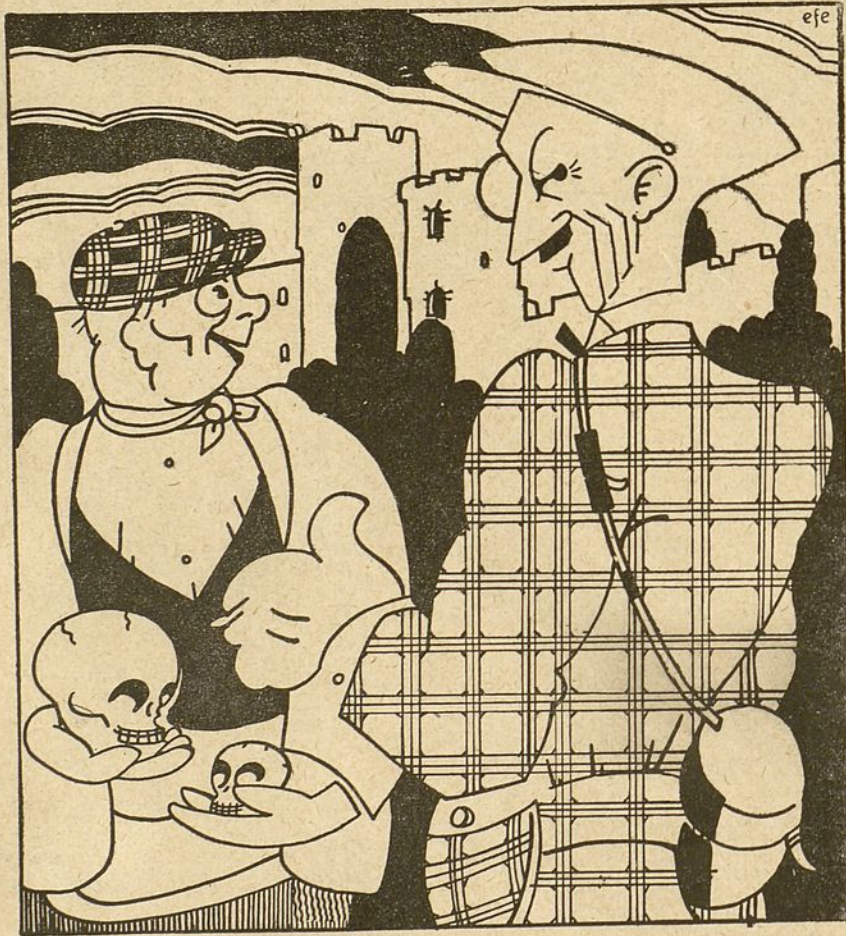
aplaudida; a cada escena se oye el murmullo de la gente comentando favorablemente lo que oye; pero la obra no llevará gente. ¿Por qué?

Nosotros hemos visto en los chi-

nos que venden perlas por la calle la explicación de este fenómeno.

Toda la intriga de esta obra está formada a base de un electricista que pasa, en tres meses, de operario a ministro (la velocidad de la electricidad es de 1.514.813 kilómetros por segundo), y de una dama que pasa, en unas noches, de no tener ni gota de vergüenza a tener títulos del Gotha y de hacer papeles de doncella en Varietés a colocarse para... el cuerpo de casa, en los castillos nobiliarios de un marqués galante, dadivoso y tradicional.

El marqués obsequia a su amiguita con títulos, honores, muebles, inmuebles y contratos en la Academia Francesa; hasta la llena de alhajas un elegantísimo bolso de esos que se estilan ahora y que parece, por su tamaño descomunal, el edificio mismo de la Bolsa más que bolso. Pero a la dama le falta en el bolso una alhaja: el electricista que ha ido a componer a casa del marqués un corto circuito. La joven siente una sacudida, completamente eléctrica, cuando ve al mozo de la cinta embreada, y luego, cuando vuelve a encontrárselo en la Casa del Pueblo, se decide a seguir la corriente; es a saber: continuar con el marqués por aquello de la guita—o de la luz, ya que estamos en pleno tecnicismo voltaico—pero tenderle al mismo tiempo un cable al joven Ampere, que es de lo más flexible que ha nacido, a fin de que ejecute una acometida en las posesiones del marqués, y éste tenga un alumbrado de primissimo ("primissimo alumbrado", que suelen decir los técnicos de la Casa del Pueblo). El joven y la joven establecen, pues, el contacto; y el chispazo surge. El joven debe de pensar: "Esta niña es... pero que de filamento metálico: mucho endimimiento y poco gasto"; la joven de-



- ¿Y de quién son estos dos cráneos?
- El mayor, es del fundador de este castillo.
- ¿Y el pequeño?
- Del mismo señor cuando era niño.

be de pensar: "Este mozo es un... transformador de gran potencia" y... le dicen tomarse juntos una botella de... Leyden en la Bombilla.

¿Por qué la joven, al sentirse dominada por la corriente de simpatía que la arrastra hacia el amigo del flexible, no quiere, sin embargo, irse con él y prefiere que la corriente no sea continua, sino alterna: unas veces el marqués y otras el mozo? Por el lujo. La domina aquello de tener alhajas, trajes, tapicerías de terciopelo y muebles de talla... dulce.

Y el joven del cable de alta tensión, ¿por qué se aviene a contemporizar de ese modo con la promiscuidad que le ofrece la señora? Por el lujo. Se ha visto de diputado y de ministro en un trimestre y a él, que antes andaba de vergüenza así así, no le queda, en cuanto se ve ministro, ni chispa.

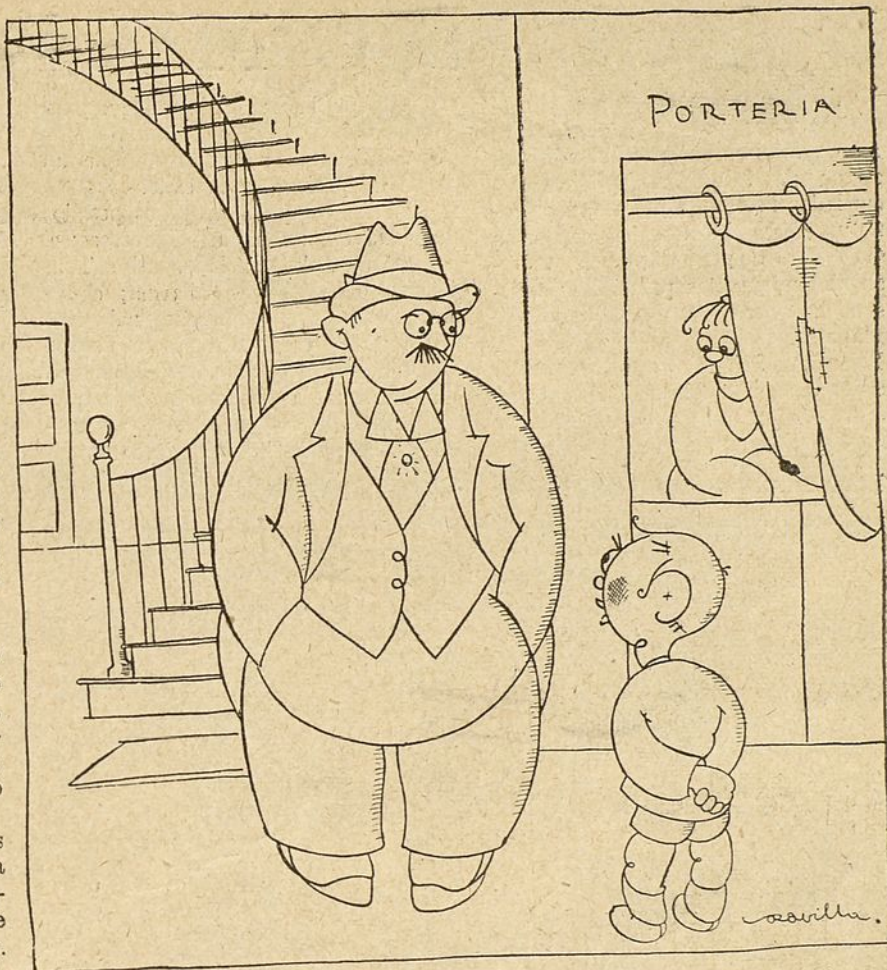
Todo por el lujo...

Y aquí de nuestra tesis: el lujo es algo pernicioso y corruptor en todas partes; pero en las grandes capitales, París, Londres, Berlín, el lujo adquiere una importancia también capital; aunque más bien que "capital" yo diría "decapitante".

El lujo de París quita mucho más la cabeza que en España. Aquí la mayoría cifra toda su ilusión de magnificencias lujosas en un collar de tres o, cuando más, de diez *peletas*. Los chinos se establecen en las esquinas con sus ristras de perlas a la vista; vemos que unas tienen color rosado, como las cebollas; otras color azul, como las cacerolas de aluminio; que las hay de todos colores menos perla; y vemos, sin embargo, que compran aquellas perlas lo mismo la modista, que la criada, que la señorita rebién.

Somos en todo esto aún—¡y quiera Dios que dure!—de aspiraciones modestísimas. No es preciso que los trajes y los muebles y las alhajas tengan firma. En París, en cambio, sí; los trajes deben ser de Fulano o de Mengano; el decorado de Zutano, y el gabán o los zapatos deben estar confeccionados con recortes de una piel especial de un animal especialísimo que sólo se encuentra en Asia. Total: un total de 100.000 francos.

La vida en este tren no puede ir a buena parte. Es un tren de lujo de gran lujo, y ya sabemos que los trenes de lujo no tienen más que restaurant y coches camas. Esto quiere decir que no hay escape. O se toma *wagón-lit* o no hay tren de lujo.



—Y tú pequeño; ¿dónde has nacido?
—Yo no he nacido, yo tengo madrastra.

Dib. RAVILLA.—Madrid.



En París el rápido de lujo ha llegado a estar difundido de tal modo, que les llega a parecer una necesidad natural; algo tan inherente al hecho de vivir como la alimentación o el sueño. De ahí que sean muchas las comedias en donde se plantea el conflicto entre el amor y el lujo, como si se tratara, en efecto, de un conflicto capital; del conflicto, por ejemplo, entre el amor y el hambre. De ahí también que parezcan naturales y axiomáticas las transigencias y arreglos entre los marqueses por un lado y los electricistas por otro. El electricista, aunque rudo, y al parecer enamorado, no llega a decirle a su dama: "¡Ea, vámanos a nuestra vida de trabajo! ¡O ese hombre o yo!"; el marqués, por su parte, no la dice tampoco: "O ese hombre o yo"; parece que ambos, electricista y marqués, piensan con indulgente cordura: "El amor es el amor, pero el lujo es el

lujo, qué caramba; y el lujo es algo tan imprescindible como el comer." Se dicen esto unos a otros y en vez de tirar por la calle de en medio tiran por la Rue de la Paix, que es donde están las joyerías, según dicen.

A nosotros, los de por acá, nos choca un poco todo eso, porque el lujo no tiene todavía una influencia tan incontrastable y rotunda; a nosotros, cuando nos hablan del *express* de lujo, nos figuramos que se refieren al *Café Express*, ese café que han inventado últimamente y que cuesta seis perras gordas... Somos, pues, modestos...

Por eso, a nuestro juicio, no acaba de sentir como propio el público español una comedia como la estrenada en el Alkazar, con todo y ser, como es, un primor de diálogo, de finura y de construcción.

MANUEL ABRIL

EL DOMADOR

La decisión adoptada, por gran mayoría de votos, por el Consejo municipal de Hamburgo, prohibiendo por motivos de salubridad pública las anunciadas fiestas de fin de año, produjo un efecto espantoso en la pensión de la señora Scharriette, en la que tenían alojamiento los principales artistas de la "Gran Compañía del Circo Budapets".

La señora Scharriette, al conocer la decisiva determinación del Consejo, hubo de llamar aparte a los artistas, para hacerlos saber que deberían pa-

gar sus pupilajes cuanto antes, para lo cual les concedió el plazo máximo de veinticuatro horas, si no querían verse de patitas en la calle.

El gran campeón de pesos pesados Jules Duveille; el saltarín Esforeces; el trapeicista Askdari; la señorita Tanbealise, excéntrica y bailarina; el señor Bellforonte, el hombre más alto del mundo, y el celeberrimo payaso Sterter, hubieron de transigir, pese a su grado, a la determinación inquebrantable de su patrona y rascarse el bolsillo para satisfacer íntegramen-

te el importe de sus pupilajes respectivos. Es decir, que pagaron todos menos monsieur Ivanoff, el célebre domador de la Compañía.

He de hacer constar que monsieur Ivanoff no se negaba a satisfacer su deuda; la suya y la de sus animales, ya que éstos también estaban instalados en casa de la señora Scharriette y comprendida su manutención, en los seis marcos oro que el domador satisfacía o hubiera debido satisfacer a su patrona.

Durante varios días pudo escapar a las amenazas de la dueña inventando cien cosas diferentes. Pero todo tiene fin en este mundo y la paciencia de la señora Scharriette, no era precisamente una excepción. Una noche llamó al domador y hubo de hablarle con rudeza: o pagaba o la calle con todos sus animales.

Monsieur Ivanoff rogó y suplicó, pero todo fué inútil; la señora Scharriette era inmovible. Entonces fué cuando el domador, viendo ya perdida la cosa, lanzó su amenaza.

No tenía dinero para pagar; pensaba tenerlo en seguida. Ahora bien; si la patrona insistía en sus pretensiones, no sólo abandonaría su domicilio, sino que, además, ya que no tendría sitio donde guarecer sus animales, se iba a decidir a soltarlos en la misma casa de la señora Scharriette. Si a él le amenazaban con echarle, él a su vez, amenazaba con soltar por los pasillos, su magnífica colección de animales.

Y después de decir esto se marchó dejando sumida a su patrona en un océano de confusiones.

El domador pudo vivir así tres días más, pero al cuarto, la señora Scharriette penetró en la habitación del domador y le invitó a abandonarla.

Este lo hizo inmediatamente. Pero era hombre de palabra y antes de abandonar el local puso en libertad a sus animales. Después, salió con la cabeza muy erguida.

Aquella noche nadie pudo dormir en la pensión de la señora Scharriette, acometidos todos de una desazón extraña.

Porque me olvidaba advertir que monsieur Ivanoff era domador de pulgas.

VALENTIN HURTADO



Dib. DEL RIO.—Barcelona.

—¿De quién es ese niño, Finita?

—Es de una amiga mía. Me ha tomado tanto cariño, que siempre lo llevo agarrado a mis faldas.

DEL BUEN HUMOR AJENO

El hombre que no creía en los juegos de manos, por Arcady Averchenko

Me encontraba cenando en una taberna, cuando oí decir en una mesa cercana:

—Los juegos de prestidigitación son cosa de brujería.

—Pues yo le puedo probar—le contestaron—que no hay tal.

—¿Es usted prestidigitador?

—No sé si lo soy. Pero yo le apuesto a usted cien rublos a que le puedo descoser y coser todos los botones de su traje en cinco minutos escasos.

—Imposible. No van los cien rublos porque no los tengo; pero sí tres botellas de cerveza.

Los que así hablaban en la mesa

próxima eran tres, pero la discusión la sostenían dos: un rubio de mirada apagada y un moreno de ojos penetrantes, que era el que proponía la apuesta. El tercero se mostraba silencioso.

Todos los que a la sazón nos encontrábamos cenando en la taberna manifestamos gran interés por el resultado, y hasta el camarero, a quien se envió por un plato y un cuchillo bien afilado, salió de su pacífica apatía.

El moreno, empuñando el cuchillo, comenzó a desprender los botones del chaleco del rubio, colocándolos en el plato según los iba separando.

—Ahora los de la chaqueteta... Ahora los de los pantalones... Ya están... ¿Hay más?

—Ya lo creo—dijo el rubio sin poderse tener de risa—quedan aún los de las botas.

El prestidigitador reanudó su tarea con febril actividad. Cuando ya no quedó ningún botón por desprender y el plato apareció colmado de botones de todas clases, formas y tamaños, se enjugó el calor que cubría su frente y dijo:

—Ya está. ¡Maravilloso! ¡Ochenta y seis botones! Venga inmediatamente aguja e hilo.

—¡Alto!—interrumpió entonces uno que se había encargado de llevar cuenta del tiempo, sacando su reloj—No hay tiempo para coser nada. ¡Han pasado los cinco minutos y por consiguiente ha perdido usted!

El prestidigitador soltó dos cosas: el cuchillo y un juramento. Luego, poniéndose algo, repuso:

—Está bien; no importa. ¡Mozo! Traiga tres botellas de cerveza por mi cuenta y sírvaselas a estos señores. Además traigame la nota de mi gasto, ¿eh?

El camarero cumplió las órdenes; el prestidigitador pagó la cuenta y en seguida se dispuso a levantarse para marchar.

El otro, con los ojos fuera de las órbitas, preguntó:

—Pero... ¿se marcha usted?

—Sí, a la cama. Estoy cansado del trajín de todo el día y no puedo más.

—Pero... ¿no me cose usted mis botones?

—¡Yo qué diablos tengo que ver con sus botones! He perdido mi apuesta y he pagado. Lo demás no me importa nada. ¿No es verdad, señores? Vaya, ¡buenas noches!

El que había ganado extendió los brazos en actitud suplicante; pero, al hacerlo, sus pantalones cayeron al suelo, mientras el jugador de manos ganaba la puerta y tomaba las de Villadiego.

Por el módico precio de tres botellas de cerveza, la broma que había gastado al hombre que no creía en los juegos de manos, era de esas que no se olvidan aunque se viva muchos años.



—¿Qué te dará tu papá, cuando se entere de la mentira que has dicho?

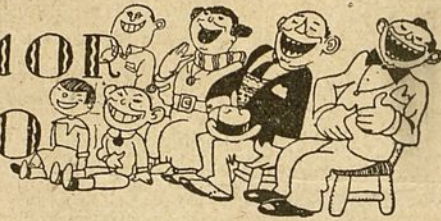
—¡Oh!, ya lo sé, mamá; me dirá lo de siempre: eres el mismo retrato de tu madre.

De *The Humorist*.—Londres

R. C. R.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el «Concurso de chistes»».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—¿Por qué echaron a Eva del Paraíso?

—Por Adán...

José M.^a Puertolas.—Zaragoza.

Un fresco intenta entrar por fuerza en un teatro, a lo cual se opone el portero porque no le presenta el correspondiente billete de entrada. El chusco grita desforadamente y desafía al portero, y éste le dice que si todo aquello es en serio o en broma.

ALBERTO

LAS ÚLTIMAS CREACIONES DE LA MODA EN

Pulseras de pedida
7, Carretas, 7

El pollo, al ver las de perder, dice que es una broma y entonces responde el portero:

—¡Ah! ¡Si es broma, puede pasar!

Y el frescales se cuele en el teatro.

F. Huidobro.—Barcelona.

En la zapatería.

—El dependiente.—¿Qué número quiero usted?

3 LIBROS NUEVOS DE LUIS ESTESO

Que contiene 8.500 chistes, cuentos y chascarrillos preciosísimos
TONTERIAS Y CHISTES.
TRES MIL CHISTES.

CUATRO MIL CHISTES.
A cinco pesetas, Librería Fe,
Puerta del Sol, 15.—Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Chiste geométrico.

—¿En qué se parece Juana la Loca a Juana de Arco?

—En que Juana la Loca, si era loca, no era cuerda; y Juana de Arco, si era Arco, tampoco era cuerda.

Silbido.—Valladolid.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

El parroquiano.—El cuarenta y uno o el cuarenta y dos.

El dependiente.—¿Pero no dijo usted ayer, si mal no recuerdo, que calzaba el treinta y nueve?

El parroquiano.—Sí, pero como ayer llovió, con el riego me han crecido las plantas...

Matos.—Ceuta.

¿A quién deben recurrir las solteras ya maduras cuando no encuentran con quién casarse?

A los maestros, porque enseñan proporciones.

Alvaro Ruiz.—Mara (Zaragoza).

¿En qué se diferencian un dentista de un arriero?

En que el dentista saca las muelas y el arriero saca las mulas.

Enrique Soler.

Examen de aritmética.

Profesor.—Escriba usted en el encerado un tercio y un quinto.

Alumno.—Ya está.

Profesor.—Y, dígame, ¿cuál de los dos es mayor?

Alumno.—Un tercio.

Profesor.—¿Por qué?

Alumno.— Por dos razones: primera, porque en un tercio el denominador es menor; y segunda, porque en el tercio hay muchos quintos, y en un quinto no hay más que un soldado.

Juan Rubio Alarcón.—Sevilla.

Pedro Orcasitas

ALMACEN DE FERRETERIA
Esparteros, 10.—Teléfono 13366
Especialidad en efectos de cocina, peroles, marmitas para colegios. Material eléctrico. La preferida por el público, que encuentra en ella cuanto apetece a los precios más ventajosos.

—Oye, y tú ¿desde cuándo no trabajas?

—Pues, chico, verás... ¡yo nací el año mil ochocientos noventa y nueve!...

Cleón.

—¿Has visto a Gutirérrez?

Dicen que está muy enfermo.

—Sí, mucho; pero, sin embargo, yo creo que aún podría conseguir salvarse.

—¿Y cómo?

—Despidiendo al médico.

Salvador Carvajal Vera.

Málaga.

Una caja de crema

Dandy

para el calzado, brilla más que el sol.

Dura mucho y conserva el calzado. Probadla y os convenceréis.

Fabricante:

DON MANUEL FERNANDEZ

Carrera de S. Jerónimo, 14

El colmo de un vendedor de periódicos:

Vender *El Sol* después de sa-

Quien el

siempre consume,

al respirar exhala

rico perfume.

lir la luna a una estrella de varietés.

El Cid Campeador.—Valladolid.

El profesor de Historia Natural sale de paseo con varios alumnos.

—¿Ves ese pájaro enjaulado que hay en aquel balcón?—dice a uno de ellos.

—Sí, señor.

—¿A qué familia pertenece?

TARTAMUDEZ

Garantiza la curación perfecta. Nuevo sistema completamente diferente de los demás. Tratamiento natural, sin aparatos ni magnetismo. R. F. MAY, Rambla de Cataluña, 57, 2.º, BARCELONA. Prospecto gratis

FABRICA DE ROPA BLANCA
Y CAMISERIA

Merino y Navas

ATOCHA, 14, Y RELATORES, 2
MADRID
Teléfono 13330.—Apartado 566
Equipos, Canastillas, Batas para
Señoras, Trajecitos, Capotas y
Sombreros para Niños.

—Pues seguramente a la familia que vive ahí.

F. Guerrero (Guerrero).
Ceuta.

El colmo de un banquero.
Hacer operaciones con el banco
de Terranova.

Arturo Díaz Ruano.
Buenos Aires.

Entre amigos de café.
—Oye, Paco, ¿de qué forma
te las arreglarías para que, con

Nos molesta y nos cohibe
el que nos mande hacer versos,
mas los hacemos con gusto
si son de Jarabe ORIVE.

una sola palabra, llamases al camarero, pidieses una taza de algo y dijases un chiste?

—¡...!
—Pues diciendo *chiss-té*.

Un extremeño.

—¿Sabes tú si Cervantes presentó un tipo afeminado en alguna de sus obras?

—Sí, hombre; el licenciado Vidriera, que como era de vidrio decía: ¡Ay, no me toquéis que me troncho!

Zeupir.

Pedro Andión

Almacén de géneros. Terlices y cuties para jergones y colchones. Cuerdas de cáñamo del país y tramillas. Lonas, yutes, lencería, saquerío, etc., etc.

Imperial, 8 y 16

(Esquina Botoneras.)
Teléfono 11233.

**ESPECIALIDAD EN
Mantas, Toallas, Colchasy Géneros blancos**



MOLINOS

de todas clases, para mano y fuerza motriz. Trituradores. — Desintegradores. Cortadoras. Tamizadoras. Inmenso surtido.

Pídanse catálogo

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO

En una feria se exhiben dos hermanas unidas por un costado.

—¡Esto es admirable!—exclama un espectador.

—Sí—contesta un andaluz—. Pero aún es más sorprendente un

CASA RAMOS

PERLUQUERIA DE SEÑORAS

La Casa predilecta del público elegante. Bisoñes. Artículos de Perfumería.

HUERTAS, 7, MADRID
Sucursal en VALLADOLID:
Calle Duque de la Victoria.

caso de este género que he visto ya en Sevilla.

—¿Cuál?

—El de dos jóvenes unidas entre sí, como éstas. Pero que no eran hermanas. ¡Eran primas!

M. H.—Gijón.

A un niño se le había perdido la gorra en su casa y por más que la buscaba no daba con ella.

Aquel mismo día recibió la madre noticias de que otro hijo suyo había sacado plaza en unas oposiciones y empezó a lanzar las siguientes frases de júbilo:

—¡Veo el cielo! ¡Veo la mano de Dios! ¡Veo a mi hijo hecho un hombre de provecho!

Y el pequeño, que estaba a su lado, la dijo:

—¡Madre, a ver si vé usted también mi gorra, que yo no la encuentro!

Silfenodo.—Jaén.

Examen de Zoología.

El catedrático. — Dígame el nombre de un animal antediluviano.

El examinando.—La Osa Mayor.

Manuel Caramazana.—Larache.

Entre un inglés y un andaluz.

El inglés.—En Londres existe una iglesia cuyo altar tiene eua-renta metros de longitud.

El andaluz.—Y en mi tierra

**DROGUERIA Y
PERFUMERIA CHINA**

Plaza del Angel, 17

Teléfono 15228

Inmenso y selecto surtido en perfumería fina. Colonia concentrada. Jabón Zulima y Serica.

hay una capilla que el altar es tan grande que para mudar el misal hay ferrocarriles.

Rosano.—Cádiz.

El cabeza de familia, que es del Somatén, regresa a casa antes que de costumbre.

—¡Cómo!—exclama su esposa—. Tú, tan trasnochador, ¿te retiras tan temprano?

—Te diré... Me he enterado de que anda por esta calle mucha gente maleante, y como me acaban de entregar la pistola, ¡la verdad!, me haría poca gracia que me la quitaran hoy mismo.

Alvaro del Pinar.

San Sebastián.

¿En qué se parece un paraguas a un embudo?

—En que el uno es *para-aguas* y el otro para vinos.

Andrés Gamboa.—Foz (Lugo).

CUPON

correspondiente al núm. 270 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

—Hay muchos animales que en sus actos demuestran tener gran inteligencia.

—Sí, señor, yo también he hecho esa observación. Por ejemplo, las gallinas ponen siempre los huevos del tamaño exactamente necesario para que quepan en las hueveras.

Florisaso.—Madrid.



En casa del dentista.

—Me puso usted hace unos días una dentadura...

—Sí, señor; lo recuerdo.

—Pues bien, esos dientes me causan un dolor horrible.

—¡Ah, ya lo creo!... ¡Hasta en eso imitan a los naturales!...

Tin-Lin.—Valencia.

¡¡ ATENCION !!

No olvidar que la Drogueria y Perfumería más popular en Madrid es la de

3, CADIZ, 3

¡ T A P A S

para "encuadernar" por semestres las colecciones de

BUEN HUMOR

Se venden en la Administración de dicho semanario al precio de tres pts. cada una.

Se remiten a los coleccionistas, previo envío por giro o sellos de la cantidad citada

KORRESPONDENCIA MUY PARTKULAR

H. C. T. Valladolid.—Eres un poco burro, pero si continúas escribiendo acabarás por serlo mucho más. Es cuestión de paciencia y de tomarse interés en conseguir las cosas.

Benavente Chico.—; Eso es la caraba, con incrustaciones de nácar; y con una de faltas de ortografía que arruga el epigastrio!

S. Izquidino. Madrid.—Sus versos *Al amanecer* son tan largos que los hemos concluido de leer a las doce de la noche. Y además son más serios que un sastre cuando no cobra (que es siempre). Por lo tanto, no podemos hacer nada en su obsequio, y usted dispense la franqueza.

A. E. I. Barcelona.

Dos artículos nos manda este señor, diligente. El titulado *Un valiente* no nos gusta, pero ; anda

que el otro: *Soy inocente*, pesa más que una bufanda en agosto incandescente!...

Aristides de Salamina. La Coruña.
Aceptamos, para su publicación, el cuento del baturro filólogo y desestimamos el ultraísta. Envíe su firma por la vía más corta y reciba nuestra enhorabuena, acto de fineza que realizamos con todos los espontáneos triunfantes.

Serrano. Madrid.

Tú te llamarás Serrano porque estás en tu derecho, y yo te llamo marrano porque me sale del pecho. ; Y los dos tan contentos, tan felices y tan regocijados!

E. V. R. Madrid.

No son días oportunos ni momentos pertinentes para aludir a los hunos diciendo que eran valientes. Además, que no es verdad. Los

hunos eran *hunos* sinvergüenzas, con permiso de usted y sin permiso del deplorable maestro de escuela que le ha inculcado a usted la idea contraria.

Packard. Buenos Aires.

Esos versos a Germana son una linda *macana*.

P. T. C. Santander.

Su artículo deshonesto velocísimo ha ido al cesto.

Singular. Valencia.

Es usted un animal, y no Singular, ; plural!... O, para decirlo más claro, que atesora usted las condiciones sobresalientes de una porción de animales tan dilatada que su enumeración no cabe en estas columnas aunque las ensancháramos un poco.

Estrada. Madrid.

La poesía de Estrada no nos sirve para nada. Y además viene escrita en un papel de una calidad tan infame, que si no fuera porque el papel es de Estrada, juraríamos solemnemente que era de estraza... ; Y es probable que lo sea, a pesar de todo!

E. M. O. San Sebastián.—; Eso huele tan malisimamente que nos ha mareado!... ; De manera que haga usted el favor de no repetir envíos de esa clase, es decir, de no marearnos más, o de lo contrario tendremos un disgusto gordísimo y estentóreo!...

A. A. D. Madrid.—No puede admitirse, so pena de que estuviésemos más locos que una espuerta de gatos con ideas antagónicas.

Cebrián. Badajoz.—Nos interesa menos que el final que pueda tener para la dulce Inglaterra la guerra intestinal de la amarguísima China.

C. L. T. Bilbao.—Es más malo que un hijo infame o que una hija aficionada a salir sola por las noches.

K. Ela. Burgos.—Por desgracia para usted, no cuele, a amigo K. Ela.

M. N. L. Madrid.—El artículo, en primer lugar, no nos gusta; y en segundo lugar, está escrito por las dos caras.

¿Sabe usted cómo nos hubiera gustado algo? ; Pues si no hubiese estado escrito por ninguna cara de las dos!

E. B. I. Valladolid.—Su cuento, es posible que pueda publicarse algún día en las páginas iconoclastas de BUEN HUMOR. ¿Que qué día? ; El día que hayamos fallecido todos los que actualmente lo confeccionamos, que somos la única rémora que actualmente hay para que el susodicho cuento se publique en seguida!

Como verá usted, todo es cuestión de esperar un poco. Y con la ventaja de la gripe, tal vez no tenga usted que esperar tanto como se figura. A lo mejor, la hemos diñado todos la semana que viene, y no ha quedado en España más humorista que usted.

F. L. B. Cuenca.—Es más intolerable que la tiranía en Persia.

Laviana. Alcalá.

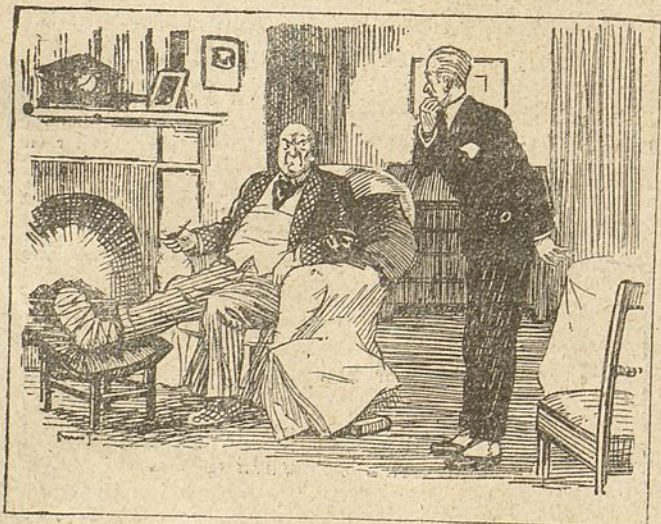
No lo aceptamos, Laviana, porque no nos da la gana. ¿Creía usted que era por otra cosa? ; Pues no es más que por eso!

Kar Melo. Madrid.—Saldrá a la esplendorosa luz pública uno de sus dibujos.

Pitín. Alicante.—No sirve ni lo uno ni lo otro.

Menda. Gijón.

Es el romance de Menda una idiotez estúpida. Y lo dice menda para que se entere Menda. Y si manda Menda otra cosa como esa, tenga en cuenta que aquí manda menda y que verificará con ella la misma implacable degollina.



El gotoso (al joven, que viene a pedirle la mano de su hija).—*Siento mucho, señor, no encontrarme en este momento en condiciones de darle a usted una contestación decidida.*

De *London Opinion*.



CREMA

LIDA

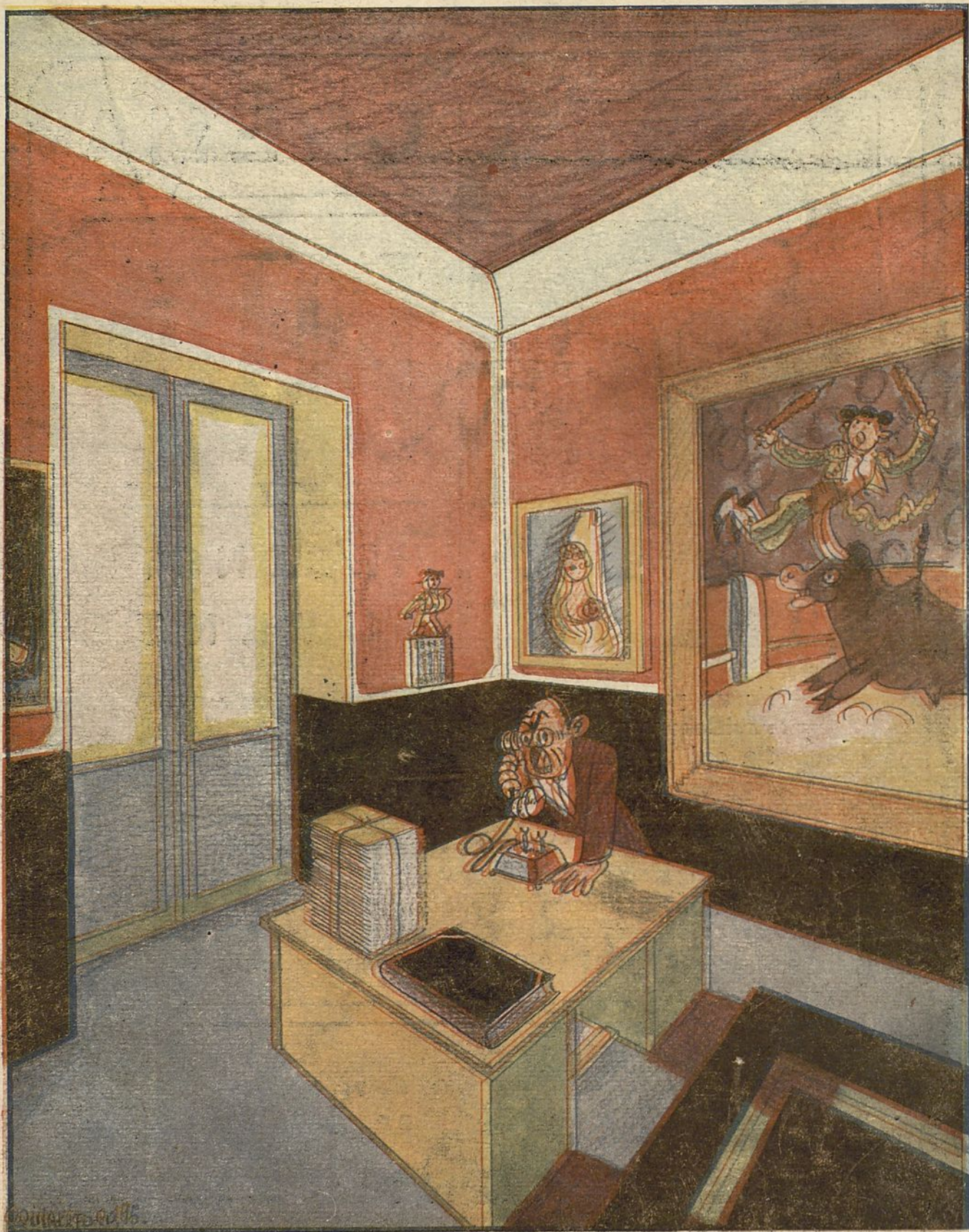
RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA, Calve Asensio, 3. Madrid.

BUEN HUMOR



TELEFONO AUTOMATICO

(Después de marcar 002, reclamaciones.)—¡Pero, señorita! ¿Quiere usted decirme a quién tengo que insultar ahora para conseguir comunicación?

Dib. QUINCIO